MIRA THANE



EL NUEVO MUNDO

Juicio Final, Balanza de las Vidas

Las Brujas Elementales: Tomo 6

EL NUEVO MUNDO

Juicio Final, Balanza de las Vidas

Por : Mira Thane

© Mira Thane, 2026

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro— sin el permiso previo y por escrito de la autora, salvo en el caso de breves citas utilizadas en reseñas o artículos.

Esta obra es una ficción.

Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Publicado por Mira Thane

Primera edición: 2026

ÍNDICE

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 1

NARRADOR



El mundo no se tambalea. Es apresado.

Algo, más antiguo que el miedo, cierra sus dedos alrededor de todo lo que vive y respira. El aire se tensa, se vuelve denso, casi sólido, como si cada aliento tuviera ahora que ser merecido. Los ejércitos permanecen inmóviles en medio de gestos inacabados. Las hojas ya no caen. Los gritos mueren antes de cruzar los labios.

Y por encima de todo —por encima de los reinos, de los cielos, de las certezas— la Balanza permanece.

No desciende. Impone su presencia.

Su luz atraviesa los tres mundos, pero no ilumina: revela. Bajo ella, la carne tiembla, las memorias se abren, las culpas olvidadas emergen como ahogados llamados de vuelta a la superficie. Algunos caen de rodillas sin comprender. Otros ríen, demasiado alto, demasiado rápido, como si la risa aún pudiera protegerlos de lo que viene.

Nadie escapa a esa mirada sin ojos.

El peso ha cambiado.

Donde cinco llamas aún ardían, ya no queda más que un vacío preciso, cortante, imposible de ignorar. Cinco presencias arrancadas del tejido del mundo. Cinco latidos interrumpidos en el mismo instante. Su ausencia pesa más que todos los ejércitos reunidos.

Y en ese intervalo —en esa pérdida exacta— un sonido atraviesa los mundos.

No es un estruendo, sino un crujido largo, profundo, irregular.

Como si la propia realidad se estuviera resquebrajando.

Las grietas aparecen primero en el cielo, finas líneas de ruptura que serpentean entre las nubes inmóviles. Luego se ensanchan, se multiplican, descienden, alcanzan montañas, mares, ciudades. La piedra se desgarra. Las aguas se desplazan. Los horizontes dejan de coincidir.

En algunos lugares, dos paisajes intentan ocupar el mismo espacio.

Un bosque crece dentro de un mar suspendido.
Un desierto se abre en el corazón de una tormenta de hielo.
Las estrellas aparecen demasiado cerca, temblorosas, como si el cielo hubiera olvidado a qué distancia debía mantenerse.

Los mundos ya no se observan.
Se atraviesan. Se superponen.

Entonces el miedo cambia de naturaleza.

Ya no es el miedo a morir.
Es el miedo a dejar de entender qué significa existir.

Multitudes huyen sin dirección, guiadas por un instinto que ya no tiene suelo firme sobre el que apoyarse. Algunos se cubren los oídos, incapaces de soportar lo que escuchan: no voces, sino acumulaciones de recuerdos, de arrepentimientos, de plegarias jamás respondidas que emergen al mismo tiempo.

Otros se quedan inmóviles, con los ojos demasiado abiertos, fascinados.

Contemplan el fin como se contempla un milagro.

En el centro de esta suspensión, la Balanza vibra.

Cada oscilación imprime una nueva presión en los huesos, en los pensamientos, en aquello que cada uno creyó ser. Los platillos no sostienen materia. Sostienen actos. Elecciones. Instantes que nadie creyó jamás capaces de pesar algún día.

Y sin embargo… ahí están.

Pesados. Medidos. Expuestos.

El tiempo, por su parte, cede.

No se detiene.
Se estira.

Cada segundo se vuelve más largo, más pesado, como si el mundo estuviera obligado a sentir plenamente todo aquello que hasta entonces había atravesado demasiado deprisa. Los latidos se ralentizan. Los gestos adquieren una densidad anormal. Incluso la caída de una lágrima se convierte en un acontecimiento interminable.

El presente se expande hasta convertirse en una sala de juicio.

Y en esa sala… una entidad escucha.

No con oídos.
No con sentidos humanos.

Percibe. Pesa. Espera —con una paciencia que supera al propio tiempo.

Los nombres de los muertos comienzan a resonar. No pronunciados. Recordados.

Surgen en las mentes, en la carne, en los recuerdos —nombres olvidados, borrados, enterrados, que emergen con una claridad insoportable. Cada nombre lleva una imagen. Cada imagen lleva un acto. Cada acto encuentra su lugar, en algún punto, sobre los platillos invisibles.

Y en medio de ese estruendo interior… otra presencia permanece erguida.

Vorthar.

No lucha contra la presión.
La acoge.

Donde los vivos se pliegan, él se abre.

Sus heridas siguen visibles, grietas oscuras recorriendo una carne que ya no responde a las leyes ordinarias. Una luz negra se posa en ellas, lenta, espesa, como una sangre que hubiera olvidado fluir.

Respira.

Y cada inspiración parece ampliar lo que es capaz de contener.

Sus ojos se alzan hacia la Balanza… y más allá.

Siempre más allá.

Su mirada busca una fisura, rasga la luz, se hunde en ella como una hoja demasiado fina para ser vista. La claridad sagrada se turba a su

paso, se tensa, casi se quiebra bajo esa voluntad que insiste, que horada, que se niega a ser contenida.

Lo siente. No es una visión.

Una presencia.

Detrás.

Más allá.

Inmóvil.

El Vigilante.

Algo en Vorthar se deforma.

Su respiración se rompe, regresa, se desajusta. Sus dedos tiemblan ligeramente, no de miedo —de exceso. Como si su cuerpo ya no estuviera hecho para contener aquello que percibe.

Inclina la cabeza. Como si algo, en su interior, se hubiera desplazado.

Su mirada se fija en la luz… y luego se hunde en ella, con una insistencia malsana, casi indecente. Sus pupilas tiemblan, se dilatan, buscan un ángulo, un paso, una debilidad.

Y de pronto, su cuerpo reacciona.

Se le escapa una risa.

Seca.

Corta.

Luego otra.

Más baja.

Más larga.

A su alrededor, los soldados retroceden sin comprender. Uno deja caer su arma. Otro murmura una oración que se rompe a mitad de palabra. Incluso las criaturas de guerra dudan, como si algo en Vorthar ya no perteneciera a ninguna lógica que reconocieran.

Inhala bruscamente.

Demasiado fuerte.

Como si acabara de respirar por primera vez.

Sus hombros se estremecen. Sus dedos se crispan en el vacío, como si intentara atrapar algo que no está ahí.

Luego se inmoviliza.

Una sonrisa se dibuja lentamente en su rostro.

No es una sonrisa de victoria.

Es una sonrisa que descubre. Que comprende. Que adora.

Sus ojos brillan con una luz inestable, casi húmeda, como si estuviera al borde de las lágrimas… o de la risa.

Tal vez ambas.

Sus labios se mueven. Para repetir.

Una vez más.

Otra vez.

—ahí…

Su mirada no abandona la grieta.

Titubea un paso.

Luego se endereza.

Como llamado.

Como atraído.

Su voz se alza, baja, vibrante, estrangulada por una emoción demasiado grande para ser contenida:

—…te veo.

No es una afirmación.

Es una promesa.

Y en sus ojos ya no hay mundo. Ni guerra. Ni límite. Solo esa presencia.

Y la certeza demente de que, tarde o temprano, responderá.

Entonces avanza.

Un paso.

Y a su alrededor, el campo de batalla retrocede.

No físicamente.

Instintivamente.

Como si todo lo que vive acabara de comprender, al mismo tiempo, que ya no camina en su realidad.

Avanza hacia el objeto de su obsesión.

CAPÍTULO 2

VORTHAR – REY CAÍDO



« Varios siglos antes. »

Aún no he aprendido a contenerme. Todo me interesa. Todo me atrae. Todo me parece incompleto.

El mundo es vasto y, sin embargo, da la impresión de contenerse. Como si existiera una capa adicional, justo fuera de alcance, justo detrás de lo que se ve, de lo que se toca, de lo que se comprende.

Paso los días haciendo preguntas cuyas respuestas me dejan insatisfecho.
Y las noches buscando otras que nadie me ha prometido.

—Vas a conseguir que te expulsen otra vez de clase.

La voz de Azhran me sigue como una costumbre.

Ni siquiera me vuelvo.

—Ya lo han hecho.

Suspira detrás de mí.

—Eres imposible.

Sonrío.

—Y aun así, sigues aquí.

Se pone a mi altura, con los brazos cruzados, gesto irritado… pero sus ojos siempre revelan lo mismo: una lealtad tranquila, arraigada mucho más profundo que sus reproches.

Azhran es más joven que yo. Desde niños, me sigue en cada una de mis ideas, incluso las más absurdas —como el hermano pequeño que nunca tuve.

—¿Qué haces? —pregunta, observando los fragmentos de artefactos que he extendido sobre la mesa.

—Intento entender por qué las runas reaccionan de forma distinta según su orientación.

—¿Y piensas demostrarlo destruyendo la mitad del material de la academia?

—Si es necesario.

Deja escapar una risa leve, mirando el caos sobre la mesa.

—Sabes que, por una vez, podrías simplemente… seguir la clase como todo el mundo, ¿no?

Alzo una ceja sin levantar la vista.

—¿Y aburrirme toda la vida?

Exhala, pero su mirada se suaviza.

—Un día esto va a acabar muy mal para ti.

Sostiene mi mirada.

Y esta vez no respondo. Una leve sonrisa basta.

Porque ya sé que estará ahí cuando ocurra.

Y el mundo, como tantas veces, no tarda en ponerme a prueba.

Primero, un detalle. Casi nada. Una variación en la luz, demasiado sutil para alertar a cualquiera, pero suficiente para que entienda que algo se escapa del control.

El círculo pulsa una vez de más.

Azhran también lo ve.

—Vorthar…

Giro ligeramente la cabeza, sin apartar la vista de la instalación.

—No te muevas.

—Voy a hacer exactamente lo contrario y alejarme de esa cosa.

Levanto la mano, como si ese simple gesto aún pudiera frenar lo que ya ha empezado.

Demasiado tarde.

La magia se desajusta poco a poco, como una tensión que se niega a liberarse. Insiste, se acumula, fuerza el equilibrio en lugar de encontrarlo… y luego cede de golpe.

La explosión estalla en la sala, seca y brutal, contenida lo justo para no arrasar con todo. El aire es expulsado con violencia, el polvo se

alza, fragmentos rebotan contra los muros, y una ráfaga ardiente nos atraviesa.

Los pergaminos salen despedidos, un trozo de piedra golpea detrás de mí, y durante un segundo, todo vacila.

Luego, el silencio vuelve a caer.

Denso. Cargado de lo que acaba de suceder.

Azhran sigue en pie.

Toso levemente, aparto el aire frente a mí, observando ya lo que queda.

—Estaba casi estable.

—"Va a acabar mal"… exactamente lo que dije.

Giro la cabeza hacia él, un poco demasiado rápido.

—Exageras.

—De hecho, me quedo corto.

Estoy a punto de responder cuando una voz, tranquila y serena, se alza un poco más allá en la sala.

—El problema no es la estabilidad.

Nos quedamos inmóviles.

Me enderezo lentamente, buscando el origen de esa intervención.

Un estudiante está apoyado contra una columna, a unos metros. No se ha apartado, no ha reaccionado a la explosión como lo habría hecho cualquiera. Simplemente observa los restos del experimento, con la atención de alguien que analiza en lugar de soportar.

Sus ojos se deslizan del círculo destruido hasta mí.

—Estás forzando la convergencia demasiado pronto —continúa—. Acumulas la energía en lugar de distribuirla.

Azhran frunce ligeramente el ceño.

—¿Desde cuándo estabas ahí?

—Lo suficiente.

Doy un paso hacia él, intrigado.

—¿Y deduces eso así sin más?

Se encoge apenas de hombros.

—Era evidente.

El silencio que sigue no es tenso. Es preciso, casi estimulante.

Inclino ligeramente la cabeza.

—Entonces corrígeme.

Se separa de la columna y se acerca sin dudar, como si ya hubiera aceptado el intercambio.

—Mantienes tu principio de convergencia —dice, señalando los fragmentos en el suelo—, pero ralentizas el ascenso. Haces circular la energía en lugar de concentrarla en un único punto.

Entrecierro los ojos, interesado.

—¿Una redistribución?

—Sí.

—¿Mágica?

—Y estructural.

Azhran suelta un leve suspiro.

—Genial. Habla como tú.

No aparto la mirada.

—¿Eres estudiante?

—Sí.

—¿Tu nombre?

—Orion.

Asiento.

—Vorthar.

—Lo sé.

Azhran suspira.

—Claro que lo sabe.

Un breve silencio se instala, más ligero esta vez.

Señalo el círculo aún inestable.

—Muéstrame.

Orion no discute. Se agacha, recoloca dos fragmentos, modifica una runa, ajusta un ángulo casi imperceptible. Sus gestos son precisos, reflexivos, y percibo de inmediato la lógica detrás de cada uno.

Lo observo, atento.

—Ahí —dice simplemente.

Completo sin pensar.

—Falta un anclaje secundario.

Alza la vista hacia mí.

—Exacto.

Azhran retrocede ligeramente.

—Esperad… ¿vais a volver a intentarlo en serio?

Extiendo la mano hacia el círculo.

Reiniciamos el experimento.

La magia regresa, pero distinta. Más lenta, más fluida, como si por fin encontrara un camino en lugar de forzarlo. Circula, se reparte, se equilibra.

Se sostiene.

No perfectamente, pero lo suficiente para provocar ese escalofrío familiar —el de las ideas que por fin encajan.

Sonrío levemente.

—¿Ves? No es la potencia.

Orion continúa, casi de forma natural:

—Es la manera de hacerla fluir.

Azhran nos observa, dividido entre la exasperación y la diversión.

—Confirmo. Ahora sois dos.

Dejo escapar una risa leve.

—Malas noticias para ti.

Orion apenas esboza una sonrisa.

—Malas noticias para todo el mundo —responde Azhran.

El círculo pulsa una última vez… y se estabiliza.

Un silencio vuelve a caer, pero ya no tiene nada que ver con el de antes.

Este está lleno.

Me enderezo lentamente, miro a Orion, luego a Azhran.

Y sin necesidad de decirlo, lo comprendo al instante.

Algo acaba de abrirse.

No solo en este experimento.

Entre nosotros.

Los miro a los dos.

Y por primera vez, ya no somos solo dos.

Y ya sé que esto no va a detenerse aquí.

***

Los días siguientes dejan de parecerse entre sí.

Algo se instala entre nosotros, una tensión casi eléctrica, como si cada conversación abriera una puerta que aún no habíamos explorado. Ya no hablamos solo para comprender —hablamos para ir más allá, para probar, para empujar, para ver hasta dónde puede sostenerse una idea antes de ceder.

Y se sostienen.
Más tiempo del esperado.

Nuestros intercambios se alargan, crecen, se entrelazan y se responden con una precisión casi inquietante. La ciencia deja de estar separada de la magia, la política deja de distinguirse del conocimiento, y los sistemas que gobiernan a los hombres se convierten, poco a poco, en estructuras que pueden desmontarse, observarse… y luego repensarse.

Orion estructura. Establece las bases, da forma, evita que nuestras ideas se dispersen.

Yo empujo.

Fuerzo los límites, acelero, abro brechas allí donde aún quedan muros.

Y Azhran…

Azhran entiende. Más de lo que muestra.

Interviene menos que nosotros, pero cuando lo hace, siempre es en el momento justo, siempre con esa capacidad de devolver una idea a algo real, posible —o de revelar aquello que nos negamos a ver.

—Pensáis como si el mundo fuera a dejaros hacerlo —dice una noche, apoyándose contra la mesa.

Su voz es tranquila, pero su mirada no lo es.

Orion ni siquiera levanta la vista de sus notas.

—El mundo no "deja" hacer nada. Es rígido y está anclado en sus creencias.

Me inclino ligeramente hacia delante.

—Entonces hay que aprender a romperlo y a remodelarlo.

Azhran me observa largo rato.

El silencio que sigue no está vacío.

Es denso.

Orion alza por fin la mirada.

—En ese caso, el problema no es el mundo.

Me giro hacia él.

—¿Entonces qué es?

Hace una breve pausa, como si ya estuviera ordenando su respuesta.

—La forma en que lo observamos.

No digo nada.

Pero siento que algo empieza a encajar.

—Mientras el conocimiento esté anclado —continúa—, seguirá siendo dependiente. De lugares, de instituciones, de las decisiones de quienes controlan esos lugares.

Azhran cruza los brazos, pensativo.

—Incluso lo que aprendemos… nunca es completamente libre.

—Exacto —responde Orion.

Doy unos pasos, absorto.

—Seleccionamos. Filtramos. Decidimos qué merece ser transmitido y qué puede desaparecer.

Azhran me lanza una mirada.

—Y eso te frustra.

Me detengo.

—Eso es insuficiente.

Un leve silencio.

Luego, más bajo:

—El conocimiento no debería depender de quién lo posea.

Orion asiente, casi imperceptiblemente.

—Debería existir por sí mismo.

Azhran nos observa a ambos.

Y esta vez no interrumpe. Reflexiona.

Está acostumbrado a frenar mis ideas, a contenerlas antes de que crezcan demasiado. Pero ahora… no lo hace.

O tal vez decide no hacerlo.

Porque Orion está aquí.

Porque, por primera vez, mis ideas no están solas.

Encuentran un eco.

Una estructura.

Una respuesta.

Y eso lo empuja a él también a ir más lejos.

—Un templo del conocimiento libre de todo control —acaba diciendo —… sigue teniendo un problema.

Me vuelvo hacia él.

—¿Cuál?

—El lugar.

Silencio.

Luego añade, más despacio:

—Mientras el conocimiento esté en algún sitio… puede ser alcanzado. Influenciado. Recuperado.

Siento la idea antes de que tome forma.

Ya está ahí.

Completa.

Inevitable.

Alzo la cabeza.

—Entonces no debe estar "en algún sitio".

Orion me mira.

Azhran también.

—Debe estar… en otro lugar. Libre de toda frontera. Un espacio que no dependa de ningún suelo… y por lo tanto, de ningún poder.

El silencio cambia.

Se vuelve más preciso.

Más denso.

Orion no aparta la mirada.

—¿Y dónde lo pones?

Alzo los ojos.

Naturalmente. Como si la respuesta siempre hubiera estado ahí.

—Donde nadie pueda contenerlo.

Azhran deja escapar un soplo, entre risa e incredulidad.

—… en el aire.

Giro ligeramente la cabeza hacia él.

—No en el aire. Por encima del mundo.

El silencio que sigue es distinto a todos los anteriores.

Ya no hay duda.

Ni vacilación.

Solo esa sensación rara, casi irreversible, de que una idea acaba de cruzar un umbral.

Orion es el primero en hablar.

—Será cuestionado.

—Sí.

—Peligroso.

—Sí.

—Y increíblemente difícil de mantener sin una combinación perfecta de magia e ingeniería.

Una sonrisa se dibuja en mis labios.

—Entonces lo haremos.

Siento algo fijarse. Dentro de nosotros.

Una dirección clara. Una visión compartida.

CAPÍTULO 3
VORTHAR – REY CAÍDO



Al principio, nadie cree en ello.
Y no hablo de los ignorantes, ni de los prudentes —hablo de quienes saben. De quienes comprenden lo suficiente como para medir la magnitud de lo que proponemos… y que, precisamente por eso, se niegan a aceptarlo.

Una biblioteca liberada del suelo.
Un lugar que no dependería de ningún poder, de ninguna frontera, de ninguna autoridad.

Una idea que se escucha, con cortesía.

Y luego se rechaza, con firmeza.

—Es irrealizable.
—Es inestable.
—Es peligroso.

Las palabras cambian, no el fondo.

Azhran los escucha sin reaccionar. Orion los desmonta uno por uno, con una paciencia metódica que roza la insolencia. Y yo… no pierdo tiempo intentando convencer a quienes ya han decidido no entender.

Yo construyo.

Al principio, no son más que fragmentos. Estructuras parciales, suspendidas durante unos segundos, luego unos minutos. Círculos rúnicos imperfectos, ajustes constantes, fracasos que nos enseñan más que los éxitos.

Avanzamos rápido.

Demasiado rápido, según algunos.

No lo suficiente, según yo.

Orion perfecciona las bases teóricas, organiza los flujos. Donde yo veo una dirección, él dibuja su forma. Convierte la intuición en sistema.

Azhran, en cambio, observa.

Donde nosotros debatimos, él organiza. Donde proyectamos, él hace posible. Encuentra materiales que nadie quiere cedernos, negocia accesos, sortea rechazos con una paciencia que yo jamás tendré. Poco a poco, lo que imaginamos empieza a existir… porque él se niega a que siga siendo solo una idea.

Una plataforma de piedra, suspendida a unos metros del suelo, sostenida por una red de flujos que por fin hemos logrado estabilizar

—no imponiéndolos, sino dejándolos circular.

Tiembla.

Cruje.

Existe.

Y por primera vez, el silencio que sigue no es el de la duda.

Es el de la comprensión.

El mundo empieza a mirar.

Y es entonces cuando los problemas comienzan de verdad.

El Consejo de Magos nos convoca.

Sus miradas son medidas, sus palabras cuidadosamente elegidas, pero su postura es clara: lo que hacemos supera lo permitido.

—Estáis manipulando flujos que aún no domináis por completo.

—Los dominamos lo suficiente —responde Orion con calma.

—"Lo suficiente" no es aceptable.

Los observo sin responder de inmediato.

Luego pregunto:

—¿Aceptable para quién?

El silencio que sigue es breve.

Pero revelador.

No salimos de esa sala con un acuerdo.

Salimos con vigilancia.

Luego vienen los demás.

Las instituciones. Los eruditos. Las facciones que entienden que lo que estamos construyendo no puede ser controlado… y que, por esa

razón, prefieren que no exista.

Y finalmente, el rey de Luminæra.

Su oposición es más elegante. Más política.

—Una estructura así —dice— no puede existir fuera del orden del reino.

Sostengo su mirada.

—Su orden no es lo bastante vasto para lo que estamos levantando.

No es una provocación.

Es un hecho.

No sonríe.

Los obstáculos se multiplican.

Los recursos desaparecen. Los accesos se cierran. Los apoyos se retiran.

Intentan frenarnos. Sin éxito.

Porque mientras organizan su resistencia… nosotros ya avanzamos en otro lugar.

Y es precisamente en ese momento cuando dos nuevas voces entran en nuestro círculo.

No dejo nada al azar. Si el mundo empieza a oponerse a nosotros, entonces hay que aprender a elegir a quienes ya saben cómo funciona.

Al primero lo observo antes de acercarme.

No habla mucho, pero cuando lo hace, las salas se callan. Entiende los mecanismos del poder, los juegos de influencia, los equilibrios frágiles que otros toman por certezas. Donde nosotros vemos ideas, él ve sus consecuencias.

Lo encuentro tras un debate, apartado.

—Entiendes lo que intentan hacer —le digo.

No lo niega.

—Y vosotros entendéis lo que estáis provocando.

Una leve sonrisa aparece en mis labios.

—Por eso te necesito. Elyas.

Me evalúa un instante. Luego me estrecha la mano.

Al segundo lo elijo por lo que atrae.

No es el más brillante. Ni el más riguroso. Pero sabe hablar con aquellos a los que ignoramos, y sobre todo… con aquellos que poseen.

Donde nuestras ideas cierran puertas, él las abre.

En cuestión de días, los rechazos se convierten en dudas. Las dudas en acuerdos. Materiales reaparecen. Apoyos discretos emergen donde antes solo había silencio.

No le pregunto cómo.

Veo el resultado.

Sonríe con demasiada facilidad como para ser honesto, se mueve como si ya perteneciera a cada lugar en el que entra, y comprende instintivamente lo que la gente quiere oír.

—Siempre tan… persuasivo, Nymar.

Sonríe, esa sonrisa flexible que no confiesa nada y presume de todo.

—No es culpa mía que me escuchen. Es casi un defecto.

Lo observo un instante.

Luego asiento.

Y sin que ninguno de nosotros tenga que decirlo… ya no somos tres.

Nos convertimos en cinco.

No es inmediato, ni del todo fluido. Cada uno encuentra su lugar poco a poco, a medida que nuestras ideas crecen y el mundo, a nuestro alrededor, empieza a reaccionar.

La Biblioteca empieza a tomar forma.

Más estable. Más vasta. Más real con cada intento.

Y con ella, surge algo más.

Un rumor.

Un nombre.

Un círculo.

Ya no se habla solo de un proyecto irrealizable.

Se habla de nosotros.

De lo que hacemos.

De lo que podríamos llegar a ser.

Alzo la mirada hacia la estructura en formación.

Hacia aquello que estamos arrancándole al mundo.

Y lo comprendo con una claridad casi inquietante.

No es solo una obra.

Es un punto de inflexión.

Y una vez cruzado… nada volverá a ser como antes.

CAPÍTULO 4
VORTHAR – REY CAÍDO



Existe un momento en el que una idea deja de necesitar ser defendida, no porque haya convencido, sino porque se impone con una evidencia tan poderosa que incluso quienes la rechazaban deben ahora adaptarse a ella.

Lo reconozco sin dificultad.

Es el momento al que hemos llegado.

La Biblioteca ya no es un intento ni una hazaña que se observa con prudencia. Se ha convertido en una realidad estable, suspendida sobre los reinos como una presencia que el mundo ha terminado por aceptar, incapaz de contenerla.

Lo que al principio no era más que un proyecto cuestionado se ha transformado en un punto de convergencia imposible de ignorar. Y muy pronto, ya no son las críticas las que nos alcanzan… sino las solicitudes.

Llegan de todas partes.

De reinos que no comparten nada, de órdenes antiguas que se creían desaparecidas, de eruditos que han pasado su vida preservando fragmentos de conocimiento sin haber podido jamás confrontarlos con otras verdades… todos acaban cruzando la distancia.

Suben hasta nosotros.

Y traen consigo aquello que nunca se atrevieron a confiar.

Grimorios sellados, reliquias olvidadas, artefactos cuyo origen escapa incluso a las cronologías más antiguas. Cada objeto contiene una parte del mundo que jamás había sido verdaderamente comprendida.

Lo que se acumula aquí no se parece a una colección.

Es una reconstrucción.

Poco a poco, los fragmentos dejan de estar aislados. Las contradicciones encuentran correspondencias. Los relatos se prolongan en lugar de anularse.

Lo que se creía incompatible se vuelve coherente.

Lo que se creía establecido empieza a tambalearse.

No es la historia lo que reescribimos.

Es la historia lo que corregimos.

Y una vez que este proceso se pone en marcha, se vuelve imposible de detener.

Ya no se viene solo a depositar.

Se viene a buscar.

A comprender.

A comparar.

A cuestionar aquello que, hasta ahora, nunca había sido puesto en duda.

La Biblioteca atrae a quienes rechazan las respuestas simples. A quienes sienten que lo que han aprendido no es más que una superficie, y que bajo esa superficie se oculta algo más vasto… y más inquietante.

Muy pronto, el movimiento se amplifica.

Mentes procedentes de todos los horizontes se cruzan, intercambian, confrontan sus ideas. Lo que antes estaba fragmentado ahora circula libremente.

Ya no es solo un lugar.

Es un fenómeno.

Y como todo fenómeno que escapa al control, inquieta tanto como fascina.

Mi nombre circula con él.

Lo percibo sin detenerme en ello.

Abre accesos, acelera decisiones, a veces incluso precede mi presencia. En las miradas que se posan sobre mí reconozco una nueva expectativa, más pesada, más exigente.

Algunos hablan de genio.

Otros, de anomalía.

Permanezco en el centro de este movimiento, rodeado de fragmentos que han dejado de serlo, observando cómo el mundo se redefine a medida que reunimos sus piezas.

Y por primera vez, comprendo realmente lo que hemos creado.

No hemos construido simplemente un lugar.

Hemos abierto un paso.

Un espacio donde lo que estaba separado se encuentra, donde lo que era aceptado se cuestiona, donde lo que parecía inmutable revela su fragilidad.

Si el mundo puede ser comprendido en su totalidad… entonces puede ser superado.

***

El mensaje no está destinado a mí. No tiene nombre. Ni sello. Ni siquiera una forma estable.

Aparece en un texto antiguo, deslizado entre dos líneas que no deberían existir, como un pensamiento ajeno que se ha impreso en una memoria que no es la suya. Orion piensa al principio en una alteración, un error de transcripción… pero yo reconozco de inmediato otra cosa.

No es un error. Es una llamada.

No dice a dónde ir.

No dice qué buscar.

Sugiere.

Apenas.

Una dirección que no existe en los mapas, un territorio cuyas menciones han sido sistemáticamente borradas o contradichas, un lugar que incluso los relatos más antiguos abordan con rodeos cautelosos, como si el simple hecho de nombrarlo pudiera atraer la atención de algo que prefiere permanecer ignorado.

Las montañas de los jinn.

Parto sin decir nada. No por secreto… sino por instinto.

Algunas invitaciones no se comparten. Se siguen.

El viaje es más largo de lo que debería ser.

El relieve no se deja atravesar con facilidad. Parece reorganizarse a medida que avanzo, como si el propio territorio dudara en aceptar una presencia extranjera. Los senderos se pierden, se reencuentran, luego desaparecen sin dejar rastro, y más de una vez tengo la certeza de haber pasado por el mismo lugar sin poder demostrarlo.

El viento nunca sopla en la misma dirección.

Y a veces… se detiene por completo.

En esos instantes, el silencio no es natural.

Se cierra.

Las montañas aparecen sin transición. No dominan el horizonte.

Lo sustituyen.

Masas de piedra oscuras, irregulares, cuyos contornos parecen ligeramente inestables cuando uno intenta fijarlos demasiado tiempo, como si la roca se negara a ser percibida de forma constante. Nada crece allí. Nada se aferra.

Incluso la luz se debilita.

Cuanto más avanzo, más se impone una sensación.

No de ser observado.

De ser esperado.

La cueva se revela tarde.

No se abre a la montaña.

Se hunde en ella, discreta, casi oculta, como una entrada que el propio mundo habría intentado olvidar. El aire que emana es tibio,

cargado de una humedad pesada que no tiene nada de natural en ese entorno seco, y el olor que la acompaña no evoca ni la descomposición ni la vida.

Es un olor a estancamiento.

A vigilia.

Me adentro sin dudar.

La oscuridad se instala.

De forma progresiva, pero con una densidad creciente: la luz no está simplemente ausente, está mantenida a distancia. Las paredes son irregulares, pero no del todo sólidas. En algunos puntos, la piedra parece haber cedido, no bajo una presión externa, sino como si se hubiera hundido sobre sí misma.

El suelo absorbe los pasos.

Ningún eco regresa.

Y sin embargo… una presencia acompaña cada movimiento.

Percibo la respiración antes de distinguir la forma.

Es lenta, irregular, cada inhalación exige un esfuerzo distinto, una decisión renovada de seguir existiendo.

Luego la silueta se muestra.

Y sin lugar a duda, lo comprendo.

Es él.

El que me ha llamado hasta aquí.

Un viejo jinn… tan antiguo que el tiempo ya no lo desgasta, lo deshace.

No se endereza, se reúne.

Como si su cuerpo nunca hubiera sido concebido para mantenerse en una sola forma, sus miembros se repliegan, se estiran, se reorganizan con una lentitud inquietante, hasta formar algo que evoca vagamente una figura humana, sin llegar jamás a ajustarse por completo a ella.

Es alto. Mucho.

Pero su tamaño no es estable. Fluctúa ligeramente con cada movimiento.

Su rostro… los rasgos siguen ahí, pero desplazados, estirados, como conservados sin que su función haya sido considerada necesaria. Los ojos no miran al mismo punto, y cuando se fijan en mí, siempre hay un leve desfase, como si una parte de él observara otra cosa al mismo tiempo.

Su boca se abre.

Despacio.

Y cuando habla, el sonido no sale.

Se desliza.

—Por fin… por fin… viene solo…

La voz no procede de un punto concreto.

Se expande.

Se superpone a sí misma.

Como si varios recuerdos de voz intentaran hablar al mismo tiempo.

Avanza lentamente.

Sus pies no tocan realmente el suelo. Lo rozan, y la piedra, en ese punto, parece ablandarse ligeramente antes de recuperar su consistencia cuando ha pasado.

El olor se intensifica.

Se vuelve casi tangible.

Se detiene frente a mí.

Demasiado cerca.

Su cabeza se inclina bruscamente hacia un lado, en un ángulo que no pertenece a ninguna estructura viva, luego vuelve lentamente, como corregida por una memoria imperfecta del movimiento.

Sus ojos se alinean por fin.

Sobre mí.

—Oyes… mejor que los otros…

No respondo.

Su mano se eleva, temblorosa.

Cuando toca mi hombro, la sensación no es la de un contacto.

Es un paso.

Un frío que no se queda en la superficie, que se infiltra, que busca un anclaje más profundo que la piel.

Lo dejo hacer.

Un sonido se le escapa.

Una risa.

O algo que conserva su forma.

—Te han dejado venir… sí… sí… siempre dejan venir al que mira demasiado lejos…

Sus dedos se crispan ligeramente, luego se retiran de golpe, como quemados por una fuerza que solo él percibe.

Retrocede.

Rápido.

Su cuerpo se deforma de nuevo, brevemente, antes de recuperar una coherencia frágil.

—Cansado… cansado de vigilar… de contener… de no abrir…

Las palabras se rompen.

Se repiten.

Se mezclan.

Gira la cabeza hacia la oscuridad detrás de él.

No como un guía.

Como alguien que se niega a mirar directamente aquello que señala.

—Toma… toma y vete… que callen… que callen al fin…

Su voz cae.

Se vuelve casi un susurro.

Empieza a temblar.

A reír.

A murmurar.

Todo al mismo tiempo.

Luego, lentamente, sin mirarme, extiende el brazo hacia la sombra.

—Ahí.

La palabra queda suspendida.

Y en esa dirección… algo espera.

Avanzo.

Con esa certeza silenciosa de que aquello que me aguarda no puede evitarse.

El aire cambia a medida que me acerco.

No se vuelve más pesado… se vuelve más presente, ocupa más espacio, cada partícula se resiste a dejarse atravesar sin ser sentida. Una vibración grave se instala, imperceptible al principio, luego cada vez más clara, hasta acompasarse con mi respiración.

O quizá sea al revés.

Entonces, un grimorio se revela por completo.

No reposa simplemente sobre la piedra. Se impone.

Como si la superficie negra sobre la que yace hubiera sido alisada para él, moldeada para recibirlo, como si ese lugar nunca hubiera tenido otra función que esperar su presencia.

Su cubierta no refleja nada.

Ni la luz. Ni el movimiento. Absorbe.

Y sin embargo… no está inmóvil.

Late. Como una piel.

Siento al jinn retroceder aún más a mi espalda.

No me doy la vuelta.

Cada paso reduce la distancia.

Y con ella… la separación.

Algo en el aire empieza a tensarse.

Hacia mí.

Extiendo la mano.

El instante en que mis dedos rozan la superficie… no se parece a un contacto.

Es una respuesta.

Las sombras no caen. Se alzan.

Se deslizan sobre la piedra, se desprenden, se estiran con una lentitud casi sensual y vienen a mi encuentro. Me reconocen. No se precipitan, no buscan invadir, exploran, ascienden por mi mano, se enroscan alrededor de mis dedos, dudan un instante… y luego se aferran.

El frío es inmediato.

Pero no es brutal.

Es un frío que se infiltra, que se despliega lentamente, que descubre el camino a medida que avanza, como si aprendiera mi cuerpo al atravesarlo.

Luego llegan las voces.

No una.

Una multitud.

No hablan todas a la vez.

Se armonizan.

Como un coro que ha olvidado la disonancia.

—Has venido sin rodeos.
—Has seguido lo que otros rechazan.
—Has mirado donde ellos cierran los ojos.

Sus palabras no atraviesan el aire.

Se forman directamente en mi mente, con una claridad ajena, cada frase lleva una intención más precisa que mis propios pensamientos.

Las sombras avanzan.

Suben por mi brazo, rodean mi muñeca, mi antebrazo, luego más arriba, se extienden con una lentitud controlada, casi delicada, como si se aseguraran de que cada centímetro sea sentido.

No las detengo.

Porque lo que traen… supera la sensación.

Surgen imágenes.

No delante de mí.

Dentro de mí.

Estructuras que no reconozco.

Formas imposibles, que se repliegan sobre sí mismas mientras se expanden al infinito. Ecuaciones que no necesitan resolverse para ser comprendidas. Conexiones que se crean de inmediato entre elementos que jamás había considerado relacionados.

El conocimiento no me es dado. Se derrama.

Y con él… una claridad.

Todo se vuelve más simple.

Más evidente.

Como si aquello que siempre había buscado nunca hubiera sido inaccesible, sino simplemente… mal observado.

Las voces se intensifican.

Más cercanas.

Más precisas.

—Lo que ves es solo una superficie.
—Lo que buscas ya existe.
—Lo que no alcanzas… solo espera una apertura.

Las sombras alcanzan mi hombro.

Luego mi cuello.

No aprietan. Se ajustan.

Y en ese contacto, percibo algo más.

No solo una promesa.

Una dirección.

—Hay más.
—Mucho más.
—Más allá de lo que tu mundo puede contener.

El libro se abre.

No por mi voluntad.

No por una fuerza visible.

Cede.

Las páginas se desplazan. Se reorganizan. Se revelan siguiendo un orden que no corresponde a ninguna lógica que conozca… y aun así, comprendo.

Lo comprendo todo.

O al menos… eso creo.

Los símbolos se inscriben en mi mente antes siquiera de leerlos. Se combinan, se expanden, se prolongan en ideas que no necesitan palabras, en conceptos que se bastan a sí mismos.

Y detrás de todo ello… una presencia.

Las voces cambian de naturaleza.

Ya no susurran, se imponen, lentas y profundas, cada palabra lleva el peso de una memoria demasiado antigua para ser borrada.

—No somos de este mundo.
—Fuimos arrancados de él.
—Juzgados… y rechazados.

No hay ira en sus palabras.

Solo una certeza intacta. Una herida que jamás se cerró.

El espacio cede.

No como una ilusión. No como una visión.

Una grieta se abre ante mí.

No desgarra la cueva, la atraviesa, como si la piedra misma no fuera más que una superficie frágil que oculta algo mucho más vasto. La luz que surge no ilumina nada —expone, revela, impone una coherencia que el mundo que me rodea jamás ha poseído.

No veo otro lugar.

Veo otro orden.

Y en el corazón de esa apertura… una silueta de luz.

No una forma estable. No un cuerpo.

Una presencia.

No brilla.

Estructura la luz a su alrededor.

No es el espacio lo que la rodea.

Es el espacio el que se sostiene gracias a ella.

Siento de inmediato que no debería poder mirarla.

No porque esté oculta. Porque nada en mí debería ser capaz de contenerla.

Y sin embargo… la veo.

Las voces se cierran alrededor de esa visión.

—Nos rechazó.
—Nos juzgó.
—Nos dejó fuera de ello.

La grieta palpita.

La luz se expande, gana densidad, como si ya se negara a permanecer contenida en esa abertura demasiado estrecha para ella, y no me quedo inmóvil. Avanzo sin pensar, atraído por una fuerza que no se parece a una decisión, sino a un reconocimiento. En mí se impone una certeza: lo que veo no debe escapárseme.

Un paso. Luego otro.

Extiendo la mano, primero despacio, luego con una urgencia que ya no intento contener. El calor que emana no quema… es justo, de una precisión insoportable, cada cosa encuentra por fin su lugar en un orden que mi mundo jamás ha sabido alcanzar.

Mis dedos tiemblan, no de miedo, sino de impaciencia.

—Espera…

La palabra se me escapa sin decidirlo, casi suplicante, casi furiosa.

Me acerco aún más, hasta sentir que la distancia ya no es más que una ilusión frágil, y durante un instante ínfimo, imposible de medir, tengo la certeza de que puedo cruzar, que puedo tocar, que puedo ver más allá de lo que se me muestra.

Y entonces, todo desaparece.

La grieta se cierra de golpe, sin transición, como si jamás hubiera existido.

Me quedo inmóvil, la mano extendida en el vacío.

—No.

La negación me arranca la garganta antes de que comprenda lo que me ha sido arrebatado, y doy un paso adelante, luego otro, buscando la apertura, convencido de que no puede simplemente desaparecer, de que debe quedar algo, una huella, un punto, una debilidad en el espacio que pueda forzar.

—No… estaba ahí… lo he visto…

Hablo sin oírme, mis manos buscan, golpean el aire, la piedra, como si pudiera reabrir lo que acabo de perder con pura voluntad, como si insistir bastara.

—Puedo… quiero volver…

El aliento se quiebra, pero no me detengo.

No puedo detenerme.

Porque no es una frustración lo que me atraviesa.

Es un desgarro.

Caigo de rodillas sin sentir realmente el momento en que mis piernas ceden, y una risa asciende, primero breve, casi seca, luego más larga, más inestable, hasta vibrar en mi pecho.

—Abre…

La palabra se desliza entre mis dientes, repetida sin coherencia, como si bastara.

—Abre… otra vez…

Las frases se deforman, se encadenan sin lógica, incapaces de seguir la velocidad a la que algo en mí se agrieta y se recompone alrededor de lo que acabo de ver.

Las sombras regresan.

Ya no se imponen, se instalan, naturalmente, como si mi caída les permitiera por fin acercarse sin restricción, y sus voces, aún más próximas, se ajustan a este desorden con una precisión casi suave.

—Lo has sentido.
—Casi lo has tocado.
—Ahora lo sabes.

Levanto la cabeza lentamente, incapaz de apartar la mirada del lugar donde existía la grieta, como si pudiera reaparecer a fuerza de fijarla.

—Traedla de vuelta.

Mi voz tiembla, pero no de miedo —de urgencia, de una necesidad que ya no se parece a una elección.

—Hacedlo… abrid… otra vez… quiero ver…

Una sonrisa estira mis labios, inestable, tensa, casi dolorosa, como si no hubiera sido hecha para sostenerse.

—Quiero verlo todo.

Las voces se cierran, satisfechas, casi apaciguadas por esta respuesta que ya esperaban.

—Entonces ayúdanos.
—Aliméntanos.
—Y volveremos… más poderosos.

No reflexiono.

Ya no lo necesito.

Permanezco ahí, de rodillas, la respiración irregular, la mirada vacía y ardiente a la vez, y esa risa, aún presente, sigue vibrando dentro de mí, más baja, más profunda, como algo vivo que por fin encuentra su lugar.

Porque lo que he visto ya no es un descubrimiento.

Es una carencia.

Y esa carencia… ya se ha convertido en una obsesión.

El mundo a mi alrededor se desvanece.

No desaparece.

Se apaga.

Todo lo que me había parecido vasto, complejo, digno de ser comprendido… acaba de vaciarse.

De perder toda profundidad.

De perder todo interés.

Este mundo… resulta insípido.

Y me niego a permanecer encerrado en él.

CAPÍTULO 5

NARRADOR





Lo llamó el Vigilante.

Ninguna otra palabra basta para contener lo que vio: ni una criatura, ni un dios, ni siquiera una forma que la mente pueda abarcar de verdad, sino una presencia tan vasta que el propio mundo parece existir en ella sin llegar jamás a comprender sus leyes.

Y a partir de ese instante, Vorthar nunca vuelve a ser quien era.

No se hunde en la locura, como se cuenta a los niños para simplificar aquello que no pueden comprender. Se vuelve algo peor. Se vuelve lúcido. Porque lo que entrevió no lo rompe; simplemente destruye los límites que aún respetaba.

El mundo, desde entonces, le parece insuficiente, incompleto, construido sobre reglas demasiado estrechas para contener lo que ahora sabe posible.

Así que ya no busca comprender.

Busca alcanzar.

Sus partidas se vuelven frecuentes, luego constantes, hasta que nadie sabe ya realmente de dónde regresa ni qué ha atravesado, porque abandona los reinos sin avisar, se adentra en territorios olvidados, desciende a profundidades que incluso los antiguos condenaron, allí donde las criptas no fueron selladas para proteger a los muertos, sino para proteger a los vivos.

Y Vorthar las abre.

Sin plegaria, sin rito, sin la menor vacilación.

No saquea.

Arranca.

Los artefactos que trae de vuelta no son simples reliquias olvidadas, sino fragmentos de algo más antiguo que los propios reinos, objetos que aún conservan voluntades, restos de pactos, huellas de fuerzas que el mundo eligió enterrar en lugar de comprender, y él los acumula sin explicar jamás qué es lo que en verdad intenta construir.

Después, deja de regresar solo.

Al principio, se cree que son supervivientes, criaturas olvidadas, seres arrancados de lugares prohibidos.

Pero muy pronto, una evidencia se impone.

No se vinculan a Vorthar.
Se doblegan ante aquello que ahora vive dentro de él.

Aparecen sin historia, sin pasado, sin justificación. Sus miradas están vacías de toda curiosidad, sus cuerpos llevan marcas que el tiempo no puede explicar; algunos parecen haber sido reconstruidos, otros nunca fueron del todo humanos, y aun así permanecen, siempre, sin alejarse jamás.

Y cuanto más aumenta su número, más cambia el mundo alrededor de Vorthar.

El aire se vuelve pesado, las sombras se demoran, los lugares pierden estabilidad, como si su sola presencia alterara las leyes invisibles que sostienen el equilibrio.

No es un ejército.

Es otra cosa.

Quienes comenzaron a su lado lo entienden.

Elyas es el primero en apartarse, porque ve demasiado lejos como para ignorar lo que anuncian esas alianzas, y comprende que lo que se está formando ya no es un proyecto ni siquiera una ambición, sino una ruptura.

Nymar lo sigue, sin ruido, sin confrontación, como quien abandona un lugar antes de que se derrumbe.

Orion, en cambio, se queda, pero ya no acepta callar, porque ve en qué se está convirtiendo Vorthar y comprende lo que realmente busca, y por primera vez se opone a él.

Azhran también se queda.

Pero no por las mismas razones.

Se queda porque lo conoce, porque sabe que aún queda algo que salvar, y porque se niega a abandonarlo a aquello en lo que se está convirtiendo.

Pero ni siquiera él puede detenerlo ya.

Porque Vorthar deja de contenerse.

Las primeras caídas son rápidas, brutales, sin gloria. Ciudades enteras desaparecen sin batalla, reinos caen sin guerra, reyes son derrocados sin llegar a comprender en qué momento su poder dejó de existir.

Luego llegan las resistencias.

Son aplastadas.

Los ejércitos alzados contra él no encuentran nada que golpear, los hechizos se deforman antes de alcanzar su objetivo, las defensas se derrumban desde dentro, como si el propio mundo dejara de funcionar con normalidad en su presencia.

No es una conquista.

Es una dominación.

Vorthar no vence. Impone.

Allí por donde pasa, las reglas cambian. Lo que funcionaba deja de funcionar, lo que se sostenía desde hacía siglos cede sin razón visible, y el mundo, incapaz de comprender lo que le sucede, empieza a aprender una verdad más antigua que todas las leyes.

El miedo.

Y Vorthar avanza.

Siempre más lejos.

Siempre más alto.

Porque en su mente se eleva por encima de los hombres.

Lo que vio no deja nunca de arder dentro de él: aquella luz imposible, aquella presencia que lo contenía todo, ese fragmento de

un universo que excede al suyo… nada de eso lo abandona. Todo se convierte en una carencia, un hambre, una obsesión.

Y cada artefacto, cada conquista, cada paso hacia lo desconocido no es más que un intento.

Un intento de volver allí.

Detrás de él, aquellos que trajo consigo permanecen en silencio, cada vez más numerosos, cada vez más oscuros, y ya no son compañeros.

Se convierten en sus generales.

Y el mundo comprende demasiado tarde que aquello a lo que se enfrenta ya no es un hombre en busca de poder.

Sino un ser que rechaza los propios límites de lo real.

Un ser que ha visto más allá… y que jamás aceptará volver atrás.

CAPÍTULO 6

NARRADOR



Llega un momento en que el miedo deja de ser un rumor para convertirse en una certeza, y en los Tres Mundos, ningún pueblo puede ya fingir ignorar en qué se ha convertido Vorthar, ni lo que anuncia.

Porque ya no es una guerra, sino un avance lento, inevitable, irreversible.

Allí por donde pasa, los reinos no caen solo por la fuerza, se deforman, como si las propias leyes que los sostienen perdieran su autoridad, y pronto, incluso los más antiguos comprenden que aquello a lo que se enfrentan ya no pertenece del todo a su mundo.

Entonces, por segunda vez en la historia, los pueblos se unen. Pero esta unión no tiene nada de noble, nada de puro: nace del terror.

En las profundidades olvidadas de las ciudades antiguas, bajo templos sellados y bosques donde incluso la luz duda en descender, los representantes de todas las razas se reúnen, no para debatir, sino para sobrevivir, y muy pronto, lo que debía ser una alianza se convierte en otra cosa: un acuerdo frágil y brutal, dispuesto a aceptarlo todo para poner fin a aquello que los supera.

No buscan una solución justa. Buscan una solución eficaz. Y la encuentran donde ninguna mente sana habría debido mirar: en los textos prohibidos, en los fragmentos quemados, en las memorias que ya no se enseñan.

Porque existe un ritual, uno solo, tan antiguo que incluso los dioses han dejado de nombrarlo, un ritual concebido no para destruir a un ser, sino para arrancarlo de la propia realidad, cortar el mundo que lo alimenta y encerrarlo más allá de todo alcance.

Un ritual de sangre.

Y lo aceptan.

El sacrificio comienza incluso antes de que se pronuncien las primeras palabras, porque un hechizo así no se teje con invocaciones, sino con carne, con vida, con aquello que el mundo posee de más irreversible.

Los voluntarios llegan primero: magos, guerreros, seres antiguos convencidos de que su muerte preservará lo que queda, y avanzan sin temblar, ofreciendo su sangre en cuencas de piedra negra excavadas en el corazón de la tierra, allí donde la magia no se disipa, sino que se acumula.

Luego vienen los otros.

Los condenados. Los olvidados. Los inútiles.

No se les pide nada.

Se les vacía.

La sangre fluye sin interrupción, espesa, oscura, caliente, hasta saturar las runas grabadas en la roca, hasta que la piedra deja de absorber y comienza a responder, a vibrar, a exigir más, mientras los cuerpos se amontonan, algunos muriendo en silencio, otros gritando hasta que su voz se rompe, pero nada se detiene, porque este ritual no necesita ser moral.

Debe estar completo.

Todas las especies son utilizadas.

Ninguna es perdonada.

El cielo cambia de naturaleza, las nubes se contraen como heridas, los vientos dejan de obedecer y los propios ríos retroceden, como si el mundo comprendiera lo que está ocurriendo y se negara a participar.

Pero ellos continúan.

Porque Vorthar continúa.

Esperan el momento exacto, el único momento en que puede funcionar.

Cuando entra en Vaërnos.

Ese mundo que ha aprendido a plegar, a comprender, a usar como una extensión de sí mismo se convierte en su debilidad, porque es ahí, y solo ahí, donde el vínculo puede romperse.

Entonces el ritual se activa.

Y el mundo cede.

No como una explosión.

No como una destrucción.

Sino como una ruptura.

Vaërnos es arrancado, como si una mano invisible sujetara el mundo oscuro para arrancarlo de la existencia, y todo lo que hay en él —criaturas, ciudades, ejércitos, inocentes— desaparece con él, sin distinción, sin juicio.

Pueblos enteros desaparecen.

Reinos enteros son condenados.

No derrotados. Sacrificados.

Y en el corazón de ese desgarro…

Vorthar.

El ritual no termina ahí. No basta con encerrarlo. Hay que contenerlo.

Entonces comienza el sellado físico.

Una cadena forjada con juramentos, pactos y vidas, donde cada eslabón lleva un nombre, y cada vínculo el peso de una muerte.

Cuando cae sobre él, no lo rodea.

Entra.

Penetra su carne, se enrosca alrededor de sus huesos, se infiltra en aquello en lo que se ha convertido, y en cada punto de anclaje absorbe una parte de su existencia, no para destruirlo, sino para sostenerlo, para impedir que vuelva a ser completo.

Y sin embargo… no muere.

Este ritual nunca fue concebido para matar.

Fue concebido para encerrar.

Y entonces llega el último acto: el sellado de la memoria.

Lo que acaban de hacer no puede transmitirse, ni contarse, ni asumirse, así que borran: los archivos arden, los testigos

desaparecen, los lugares son destruidos, los nombres prohibidos, y hasta la memoria es alterada.

La masacre se convierte en leyenda, el sacrificio en mito, la vergüenza en silencio, y poco a poco… el mundo olvida.

Olvida el precio.

Olvida los gritos.

Olvida a los pueblos que jamás regresaron.

Olvida a Vorthar.

Pero algunas cosas no desaparecen. Esperan.

Y en ese mundo arrancado de la existencia, suspendido en una nada que incluso el tiempo rehúsa atravesar, una presencia permanece, encadenada, contenida, fragmentada… pero consciente.

Y aun encerrado… Vorthar nunca dejó de mirar.

CAPÍTULO 7
VORTHAR – REY CAÍDO



La primera cadena no me rodea.
Entra.

Siento la punta antes incluso de verla, una presión contra mi piel, una resistencia breve —ridícula—, luego la carne cede con un sonido húmedo, demasiado cercano, demasiado real, como si mi propio cuerpo se negara a permanecer en silencio.

Se hunde lentamente, y siento cada milímetro, la piel que se abre, la carne que se aparta, las fibras que se tensan y luego ceden, hasta

que alcanza el hueso… sin detenerse jamás, deslizándose contra él, buscando, encontrando, anclándose.

Un aliento se me escapa.

No es un grito.

Aún no.

Solo el aire que se rompe en mi garganta.

¿Por qué…?

La pregunta no llega a salir del todo.

Existe.

Tiembla.

¿Por qué hacen esto…?

La segunda cadena llega, y esta vez la veo, la veo con claridad, avanzar sin dudar mientras mi cuerpo se niega a moverse, incapaz de huir, incapaz siquiera de apartar la mirada.

Entra más rápido.

Como si la primera hubiera abierto el camino.

Y esta vez, grito.

Un sonido breve.

Roto.

Arrancado.

El dolor no golpea. Se instala. Se hunde. Desciende demasiado lejos, demasiado profundo, como si algo dentro de mí fuera arrancado al mismo tiempo que la cadena se hunde.

¿Qué he hecho…?

Mi voz tiembla.

No me defiendo.

Intento comprender.

La tercera cadena no atraviesa la piel.

Ya está ahí.

Dentro.

La siento aparecer como un frío brutal que asciende por mi columna, luego todo estalla, una presión que empuja sin salir, que abre sin romper, y siento mi espalda ceder desde dentro, mis huesos vibrar, la cadena desplegarse en mí como si ya conociera el camino.

¿Por qué…?

Las palabras ya no se sostienen.

Caen antes de existir.

A mi alrededor, el mundo se deforma, el aire se vuelve denso, los sonidos se retuercen, y ellos… ellos no se detienen.

Otra.

Y otra.

Una cuarta.

Una quinta.

Ya no cuento.

Cada impacto es el mismo… y distinto.

Y con cada anclaje, no es mi cuerpo lo que cede.

Soy yo.

Siento mis pensamientos ralentizarse, mis recuerdos resquebrajarse, fragmentos de lo que era deslizarse fuera de mí sin ruido, sin violencia visible, pero con una certeza insoportable.

Esperad…

No lo entiendo…

¿Por qué me miráis así…?

Mi voz ya no se sostiene.

Se disuelve.

Busco sus rostros, una duda, una vacilación, algo que pudiera parecer un error… pero no veo más que miedo.

Solo miedo.

Y ese miedo decide.

Una cadena se cierra alrededor de mi corazón.

La siento pasar.

La siento cortar.

Y luego quedarse.

Y por primera vez… ya no consigo respirar.

Lo intento.

Otra vez.

Otra.

Pero el aire ya no basta.

Yo podría…

Podría haberos mostrado… un mundo… sin sufrimiento…

El pensamiento se derrumba antes de completarse.

Como todo lo demás.

Las cadenas tiran ahora en todas direcciones, no para aplastarme, sino para separarme, y siento mi existencia tensarse, dispersarse,

como si estuviera atado a varias realidades al mismo tiempo y ninguna quisiera conservarme entero.

Duele.

Pero ya no es solo dolor.

Es una ausencia que crece.

Un vacío que se expande.

Sigo aquí…

Lo repito.

Como un ancla.

Como una mentira.

Pero nada se detiene.

Las sombras llegan.

No caen sobre mí.

Se instalan.

Toman.

Lo que queda.

Siento mis pensamientos hundirse, mis recuerdos apagarse uno a uno, no destruidos, sino alejados, arrastrados lejos de mí como si alguien decidiera, por mí, lo que tengo derecho a conservar.

No…

Eso no…

Busco.

Un recuerdo.

Uno solo.

Algo que resista.

Incluso lo que intento retener acaba escapándose, como si todo se deslizara fuera de mí sin que pueda frenar nada, y la pregunta regresa, más débil, más lenta, casi irreconocible… pero se niega a desaparecer.

Las cadenas dejan de moverse.

Sostienen.

Aprietan.

Mantienen.

Y yo… permanezco.

Consciente. Incompleto.

El mundo se retira lentamente, como una marea que no tiene intención de volver, las formas se vuelven difusas, los sonidos lejanos, y hasta el dolor termina por alejarse, dejándome suspendido en algún lugar entre lo que fui y aquello que ya no soy capaz de nombrar.

Y en ese silencio… una idea permanece.

Frágil.

Tenaz.

Si yo soy el monstruo… entonces, ¿en qué os habéis convertido vosotros, capaces de vaciar el mundo de su sangre para detenerme?

Me quedo solo.

Con mis pensamientos.

Con mis demonios.

Y con la eternidad… que comienza.

CAPÍTULO 8

NARRADOR



« El pasado se desvanece. El presente retoma su curso. »

El mundo está de rodillas, y en medio del campo de batalla se alza Vorthar, extático. El aire a su alrededor ya no circula. Su sola presencia basta para alterar todo lo que lo rodea.

Y entonces… las sombras se mueven.

Emergen.

Desde él.

Desde sus heridas, desde sus hombros, desde su espalda que se arquea lentamente, como si algo intentara salir, y de pronto se extienden, se despliegan, vastas, inmensas, desgarradas y vivas, tomando forma en un movimiento que no pertenece ni a la luz ni a la materia.

Alas.

No las de un ángel.

Alas hechas de fragmentos, de siluetas rotas, de formas que aún se debaten en su interior, como si cada sombra llevara una memoria arrancada de alguien más.

Baten.

Una vez.

Y el mundo retrocede.

El suelo se agrieta.

El aire aúlla.

Los ejércitos se doblan sin comprender, como si sus cuerpos reconocieran antes que sus mentes que ahora se enfrentan a algo que ya no pertenece a su realidad.

Vorthar alza la cabeza.

Sus ojos ya no miran el mundo.

Buscan en otro lugar.

Arden.

No con una ira humana.

Con hambre.

Con urgencia.

Como un animal que por fin ha encontrado aquello que llevaba tanto tiempo buscando sin saber nombrarlo.

Y entonces… se lanza hacia la grieta.

Abierta.

Silenciosa.

Inmóvil.

En el corazón de esa apertura… el Vigilante.

No se mueve.

No resiste.

No huye.

Erguido en la luz, con las manos unidas, inmóvil como una oración que nada vendrá a interrumpir, existe con una serenidad insoportable, una presencia tan estable que parece negar el caos que devora el resto del mundo.

Y frente a él… Vorthar.

Deformado.

Desgarrado.

Magnífico en su caída.

Aterrador en lo que se ha convertido.

El contraste es absoluto.

La luz no lucha.

La sombra no duda.

Entonces Vorthar avanza. Se arranca del suelo.

Sus alas se abren en un grito que no es un sonido, sino un desgarro, y su cuerpo se proyecta hacia adelante, brutal, incontrolable, los

brazos extendidos hacia esa presencia como hacia algo que siempre le ha pertenecido.

No habla.

No piensa.

Toma.

El choque no existe.

No hay resistencia.

Solo un instante suspendido en el que la sombra y la luz se encuentran…

Y entonces todo estalla.

Las sombras se abalanzan.

Devoran.

Arrancan, desgarran, despedazan la luz como una carne demasiado pura para existir en su mundo, y con cada fragmento que desaparece, Vorthar se contrae, como si aquello que toma no llenara solo su cuerpo… sino algo mucho más profundo.

La luz no huye.

Acepta el caos que la invade.

Se deja absorber.

Voluntariamente.

Como si ese momento siempre hubiera sido esperado.

Como si el Vigilante… nunca hubiera estado destinado a permanecer entero.

La luz desaparece poco a poco.

Hasta el último rastro.

Hasta la última vibración.

Hasta que no queda nada.

El silencio cae.

Brutal.

Total.

Las sombras se inmovilizan.

El mundo contiene el aliento.

Y lentamente… Vorthar se endereza.

No se ve su rostro.

Solo su espalda.

Sus hombros ensanchados por algo que ya supera toda forma humana, sus alas inmensas desplegadas tras él como una corona viviente, y a su alrededor, el propio espacio parece dudar, incapaz de decidir qué forma adoptar en su presencia.

Y entonces… mira.

No este mundo.

Más allá.

Un espacio que ya no responde a las leyes conocidas, donde las formas se pliegan, se recomponen, se expanden en direcciones imposibles, donde cada posibilidad existe antes incluso de ser pensada.

Y ante eso…

Vorthar no tiembla.

Se maravilla.

Como un niño frente a algo que jamás debería haber visto.

Sus alas tiemblan.

Su cuerpo se inclina ligeramente hacia adelante.

Atraído.

Llamado.

Avanza.

Sin dudar.

Sin volver la mirada atrás. Ni una sola vez.

Detrás de él, los mundos siguen temblando, agrietados, heridos, suspendidos en una realidad que ya no les pertenece del todo.

Pero él… ya no pertenece en absoluto.

Cruza.

Desaparece.

Y con él… la grieta se cierra.

Como una evidencia.

En el silencio que sigue… una verdad se impone.

Este mundo ha sido abandonado.

CAPÍTULO 9

NARRADOR



La luz termina por desaparecer por completo. También ella abandona esta realidad.
De golpe.

El día ya no tiene lugar aquí.

Los tres mundos se hunden en una noche que no pertenece a ningún ciclo, una oscuridad densa, viva, que se adhiere a la piel, que se infiltra en la garganta, que devora las distancias y deforma las formas, y ya las líneas se quiebran, los paisajes se superponen,

fragmentos de realidades incompatibles chocan unos contra otros en un caos que ya no intenta ser comprendido.

Y en medio de esa noche… el silencio que siguió a la partida de Vorthar se rompe.

Un primer grito.

Seco.

Roto.

Luego otro.

Más largo.

Más profundo.

Luego cientos.

El ejército de los condenados, que había quedado inmóvil, retoma su avance, más salvaje, más deformado, como arrancado de toda contención y entregado a una locura pura.

No camina.

Se lanza.

Como si algo hubiera cedido.

Como si aquello que los contenía… ya no existiera.

Los cuerpos chocan en sonidos húmedos, crujidos de huesos, carne que cede bajo la presión, alaridos que se transforman en gorgoteos ahogados cuando las gargantas se abren demasiado rápido, y por todas partes las hojas ya no golpean con precisión: desgarran, arrancan, rompen.

Ya no es una batalla.

Es una matanza.

Las líneas aliadas ceden.

Se derrumban por desesperación incluso antes de caer bajo el asalto.

Algunos soldados sueltan sus armas, otros intentan huir, pero el propio suelo los traiciona, resbalando, agrietándose, tragando piernas, cuerpos, gritos, y los que quedan ya no tienen fuerzas para resistir, sus miradas están vacías, sus movimientos lentos, como si ya hubieran aceptado el final.

La esperanza desaparece, sin dejar rastro en este mundo.

Y en ese vacío…

En el borde deformado de un bosque que ya no existe realmente, donde los árboles se retuercen en direcciones imposibles, una masa en movimiento atraviesa la refriega.

Jake.

Ya no ve el caos.

Ya no ve a los muertos.

Ni siquiera ve a sus aliados.

Embiste.

Su aliento es un desgarro, sus colmillos al descubierto, sus músculos tensos hasta el límite, como si fueran a romperse bajo su propia violencia, y aquello que persigue ya no es realmente un enemigo.

Es una salida para su dolor, y el sonido de los músculos desgarrándose ahoga esa voz en su cabeza que le repite que ella ya no está. Tess.

Impacta.

El choque es brutal, seco, un crujido de costillas que ceden bajo el impacto, y ya sus mandíbulas se cierran, no para matar rápido, sino para sentir, para oír, para arrancar algo real en un mundo que ya no lo es.

Su boca se llena de sangre.

Caliente.

Espesa.

Sacude.

Una vez.

Dos veces.

La carne cede con un sonido húmedo, un trozo se desprende con él, arrancado sin precisión, sin control, y el cuerpo frente a él intenta reaccionar, garras alzadas, aliento roto, pero Jake no le deja tiempo.

Vuelve. Otra vez.

Sus colmillos se hunden más profundo. Sus garras se clavan.

Ya no combate.

Masacra.

Nyxara no tenía ninguna oportunidad. Se descompone bajo la violencia bruta, su cuerpo cediendo fragmento a fragmento bajo los ataques que nunca se detienen.

Jake se yergue.

Un aullido emerge de su garganta, largo, animal, cargado de algo que supera la rabia, algo más crudo, más desesperado, cada golpe no siendo más que un intento de negar lo que siente.

Y mientras su grito se propaga en la noche, desgarrando el aire ya saturado de muerte… más arriba, allí donde el cielo se derrumba sobre sí mismo, otro combate se apaga.

Sobre las líneas rotas, en un cielo demasiado bajo para respirar, Taj aún flota, rodeado de cenizas y brasas que ya no caen.

Frente a él, Ishraël se inmoviliza.

No huye. Simplemente se detiene.

Sin Vorthar… ya no tiene razón.

Inclina ligeramente la cabeza, no perturbada, sino distante, como si el combate nunca hubiera tenido valor sin la voluntad que lo guiaba.

La disonancia desaparece con ella, bruscamente, dejando un vacío sonoro casi doloroso.

Taj permanece allí.

Suspendido.

Su respiración es corta, irregular, sus alas pesadas, batiendo a destiempo, y mira… sin ver realmente.

Podría perseguirla.

Podría.

Pero nada se mueve.

Dentro de él.

La rabia está ahí.
Asfixiante.

El dolor también.
Aplastante.

Pero no encuentran dirección.

Se quedan. Inmóviles.

Como él.

Y en otro lugar…

Entre dos fracturas de la realidad, donde el suelo duda aún entre varias formas, otro silencio se instala.

Malekar.

El mundo a su alrededor deja de mentir.

No porque se haya estabilizado.

Porque Elyndraeth se desvanece.

Lentamente. Majestuoso.

Sin prisa.

Como una presencia que se retira de un juego que ya no le interesa.

Las ilusiones caen.

Los ecos se apagan.

Los fragmentos de memoria dejan de repetirse.

Y Malekar queda solo.

Su magia aún tiembla a su alrededor, inestable, deformada, lista para atacar de nuevo, pero él no se mueve, con los ojos fijos en el lugar donde estaba su adversario, como si esperara un regreso que no llegará.

Su mente está congelada en el vacío.
Su corazón sumido en un frío profundo, en una soledad sin salida.

Y más lejos, allí donde la tierra no deja de gritar bajo el peso de los cuerpos…

En el centro… la llanura aún ruge.

Veyrkan no se retira.

No aparta la mirada.

Porque sabe.

Sabe que este combate ya no le pertenece del todo, pero que aquel que tiene delante jamás le permitirá abandonarlo.

Kael avanza.

Cada paso hunde la tierra como un juramento, y en su mano, la espada tiembla —no de debilidad, sino de una tensión demasiado llena, demasiado pesada, como si le costara contener lo que queda de él.

Ya no piensa.

Ya no calcula.

Avanza hacia una sola cosa.

Veyrkan.

Por el norte.
Por Naïa.
Por todo lo que le han arrebatado.

Y entonces acelera. De golpe.

El choque es frontal, violento, sus cuerpos se estrellan en un impacto sordo que hace vibrar el suelo, y al instante la hoja de Kael cae, no con precisión, no con control, sino con una brutalidad real quebrada, la de un rey que ya no protege, que ya no gobierna —que destruye.

El acero entra.

Sale.

Vuelve.

Otra vez.

Cada golpe abre la carne, rompe el hueso, proyecta sangre en oleadas densas que cubren su rostro, sus brazos, su pecho, pero Kael no se detiene, clava, corta, desgarra como si cada movimiento pudiera arrancar el dolor que lo consume.

Veyrkan intenta responder.

Un gesto.

Uno solo.

Demasiado lento.

La hoja de Kael se desvía, luego regresa más abajo, más cerca, más violenta, y esta vez ya no busca alcanzar —encuentra.

Un grito desgarra el aire.

No el de Veyrkan.

El de Kael.

Un alarido bruto, deformado, que ya no tiene nada de humano, un grito de pérdida, de rabia, de vacío, y su hoja sigue ese grito, asciende, corta—

Y la cabeza se separa. Limpia.

El cuerpo permanece un instante en pie, vacío, inútil… y luego se desploma pesadamente en el barro y la sangre.

El silencio no llega. El caos continúa alrededor.

Pero a su alrededor… algo se apaga.

Kael permanece allí.

Inmóvil.

La espada aún alzada.

La sangre corre por sus dedos, gotea al suelo, se mezcla con todo lo demás.

Y luego, lentamente… su mano cae.

Su cabeza se inclina.

No mira el cuerpo.

No mira nada.

De pie en medio de la noche, cubierto de la sangre de su enemigo, aún se mantiene… pero ya no hay combate en él.

Solo ese dolor.

Y esa rabia que no encuentra enemigo sobre el que caer.

Y comprende que nunca desaparecerán.

CAPÍTULO 10

AZHRAN



No alzo la voz.
Aprieto.

El aire se comprime alrededor de Morghaël como una mano invisible que por fin decide cerrarse, y lo que aún era un cuerpo, una forma, una voluntad… se convierte lentamente en otra cosa, algo que ya no tiene lugar para existir. La presión no viene de un punto, viene de todas partes, aplasta, pliega, niega cualquier escapatoria, y siento sus huesos ceder uno tras otro en un crujido profundo, ahogado, como si el propio mundo se negara a oír lo que le estoy haciendo.

Se resiste.

Por supuesto.

Su magia intenta abrirse paso, empujar, morder, sobrevivir.

Pero yo soy más antiguo que su rabia.

Más paciente que su dolor.

Y sobre todo… estoy más cansado.

Así que aprieto más.

Su carne se deforma, se estira, luego se rompe, y lo que emerge de él ya no es un grito, sino un desgarro, un sonido que ha dejado de ser humano, un ruido que se adhiere a la piel, que se hunde en los huesos, y de pronto todo cede de golpe.

Su cuerpo estalla.

No en fragmentos limpios.

En restos irregulares, triturados, comprimidos, como si se le hubiera obligado a existir en un espacio demasiado pequeño para él.

Luego… nada.

El silencio regresa.

Brutal.

Total.

Permanezco en pie.

La mano aún alzada.

Y siento… ese vacío.

No a mi alrededor. En el pecho.

El campo de batalla sigue rugiendo, pero ya no me alcanza realmente, los gritos son lejanos, los cuerpos caen como si pertenecieran a otra realidad, y en medio de este fin del mundo… me sorprendo pensando en algo que nunca debió existir.

Un futuro. Había empezado a verlo.

Con ella.

Aelya.

La imagen es borrosa, inestable, casi dolorosa de sostener, como si mi mente se negara a dejarme conservarla demasiado tiempo, y aun así la veo, un instante, fuera de la guerra, fuera de la sangre, fuera de lo que me he convertido.

Me atreví a creer en ello.

Quizá ese fue mi mayor error.

No haber luchado.

No haber seguido a Vorthar.

Sino haber creído que yo… aún podía aspirar a algo distinto.

Bajo lentamente la mano.

Mis dedos apenas tiemblan.

No es cansancio. Es lucidez.

Mis manos están demasiado manchadas.

Demasiados muertos. Demasiada sangre.

Nunca debí mirar esa luz como si me estuviera destinada.

Y ahora que ya no está…

Solo quedo yo.

Y mis pecados.

Los siento pesar, no como una carga que pudiera dejar, sino como una cruz que debo llevar hasta el final, sin desvíos, sin escape.

No hay nada en mí que salvar.

Solo faltas demasiado grandes para ser reparadas.

Y esta vez… no aparto la mirada. Es mi único acto justo hacia este mundo al que le he quitado demasiado.

El artefacto ya está en mi mano, sacado de mi bolsillo sin que recuerde el gesto, frío, pesado, familiar. Una decisión tomada mucho antes de este instante y que ahora solo confirmo.

No dudo.

Ya no tengo ese derecho.

Lo que fui, lo que acepté, lo que permití existir… todo me ha traído hasta aquí.

Así que lo activo.

La magia entra en mí sin violencia aparente, pero no pide nada, se impone, atraviesa, se ancla, y siento de inmediato lo que toma tanto como lo que da.

Comprendo.

No es un poder.

Es un precio.

Y lo acepto.

Porque es lo único que me queda por ofrecer.

Mi magia se deforma.

Alterada.

Y con ella… algo más cede.

Mi inmortalidad no desaparece con un estruendo, se derrumba lentamente, en silencio, como una promesa que se retira, como un derecho que me es arrebatado sin resistencia, y lo siento con una claridad implacable, sé exactamente lo que acaba de serme quitado, y sobre todo… por qué.

Acabo de condenarme.

Y es justo.

Un aliento escapa de mí, tranquilo, casi vacío, porque en este momento no hay ni miedo ni dolor, solo esa certeza fría que se impone sin temblar: este es mi castigo, por haber comprendido, por haber seguido, por no haber detenido a Vorthar cuando aún tenía la fuerza para hacerlo.

Pero no es todo.

Llegan de inmediato.

Dentro de mí.

Las voces, las presencias, los fragmentos de almas que componen ese ejército, sus gritos, sus culpas, sus arrepentimientos, sus lamentos que nunca cesaron pero que yo aún no oía, y ahora se aferran, se imprimen, se hunden en lo que soy, condenadas a permanecer, a susurrar, a gritar, a existir en mis noches y en mis silencios.

Comprendo que el verdadero precio de este poder no es la muerte.

Es el tormento.

Y lo acepto.

No el poder.

La responsabilidad.

El ejército responde.

Responde a lo que ahora está ligado a mi alma, y siento sus presencias alinearse, todas, a través del campo de batalla, una masa rota, incoherente, que obligo a someterse a una sola voluntad.

La mía.

Les impongo una orden.

Una sola. Y basta.

Por todas partes, el movimiento se rompe de golpe, los cuerpos se inmovilizan, las armas caen, los gritos mueren en las gargantas, como si el mundo acabara de olvidar cómo continuar, y luego, lentamente, en todas partes a la vez, los condenados caen de rodillas.

Todos.

Sin excepción.

Criaturas. Tenientes. Horrores.

En todo el campo de batalla.

El silencio que sigue es más violento que la guerra misma.

A su alrededor, los ejércitos aliados no comprenden, las miradas se alzan, las respiraciones se suspenden, nadie se atreve a avanzar, nadie se atreve a hablar, como si un solo gesto pudiera romper ese instante imposible.

Y yo… permanezco en pie.

En medio de todo.

Con sus voces dentro de mí.

Con sus culpas.

Con sus lamentos.

Por primera vez en siglos, estoy solo.

Realmente solo.

Sin Vorthar.

Sin ilusión.

Sin esperanza.

Solo con aquello en lo que me he convertido.

Y con esta maldición que tendré que cargar… hasta mi muerte.

CAPÍTULO 11

NARRADOR



El silencio se estira sobre el campo de batalla, se adhiere a las armas abandonadas, a los cuerpos aún tibios, a las miradas inmóviles que ya no se atreven a buscar respuestas, y durante un instante demasiado largo para ser natural, nada se mueve, el propio aire se vuelve pesado, denso, casi imposible de respirar.

El ejército de los condenados está de rodillas.

En todas partes.

Inmóvil. Sometido.

Ante esa obediencia absoluta, nadie avanza, nadie habla, incluso los supervivientes más curtidos permanecen inmóviles, los dedos crispados sobre armas inútiles, porque la guerra acaba de transformarse en otra cosa, algo más profundo, más inquietante, más antiguo.

El primer sonido aparece.

Un susurro.

Apenas audible.

—…perdón…

Un segundo, más cercano.

—…no quería…

Un tercero.

—…aún quema…

Las voces se elevan desde los condenados arrodillados, se deslizan por el suelo, vibran en el aire, se infiltran en la piel, y muy pronto se multiplican, se entrelazan, se convierten en frases rotas, recuerdos arrancados en carne viva.

—Dejé a mi hijo…
—Diles que no huí…
—Lo vi caer… y no hice nada…
—Perdón… perdón… perdón…

Se desbordan.

Se superponen.

Se deforman.

Cada voz intenta pasar antes que las otras, existir una última vez, y el campo de batalla se convierte en un abismo sonoro donde vidas

enteras se derraman sin contención.

Entonces los gritos estallan.

Uno.

Luego dos.

Luego decenas.

—¡HAZ QUE SE CALLEN—!
—¡NUNCA SE DETIENE—!
—¡AÚN SIENTO EL FUEGO—!

Las voces ascienden, se rompen, regresan, algunas suplican, otras acusan, otras ríen con una lucidez monstruosa.

—Por favor…
—Que alguien me detenga…
—Quiero dormir…

—Lo volvería a hacer…
—Aún peor…
—Se lo merecían… todos…

Una risa estalla.

Seca. Deformada. Luego otra. Y otra más.

Y el susurro se convierte en un coro.

Un coro inestable, disonante, demasiado humano para ser ignorado, demasiado deformado para ser soportado.

Los soldados retroceden.

Algunos se tapan los oídos, pero el sonido atraviesa igualmente, se impone directamente en sus pensamientos, arranca los recuerdos que habían enterrado, los proyecta sin filtro, sin distancia.

Un hombre cae de rodillas.

—No… no… eso no…

Lo ve todo de nuevo.

Su hoja.

La mirada.

El instante exacto.

Grita, y sin vacilar, se clava el arma en el vientre, incapaz de soportar lo que emerge.

Otro estalla en una risa.

Demasiado fuerte.

Demasiado larga.

La risa se quiebra, se transforma en sollozo, se desgarrra en un grito antes de extinguirse cuando su cuerpo cede.

Algunos rezan.

Otros arañan la tierra hasta sangrar.

Algunos susurran nombres prohibidos.

Y en medio de ese caos… los condenados continúan.

Siempre.

Sin fin.

Sus voces se entrelazan, ascienden, caen, estallan y vuelven a reunirse en una sola masa, un lamento infinito, una memoria viva de todo lo que ha sido destruido.

Sobre ellos, la Balanza cambia.

Su luz tiembla.

Aparece un hilo oscuro.

Luego otro.

La claridad se resquebraja y se ennegrece, la Balanza absorbe los miedos, los remordimientos, el odio de todos, y a medida que se llena de ello, los platillos se inclinan, primero apenas, luego de forma visible, irreversible.

El mundo cede con ella.

Y en esa oscuridad creciente, las voces ascienden hasta romperse en un único grito, demasiado vasto para pertenecer a una sola garganta… hasta que surge un latido.

Un latido sordo. Profundo.

Un segundo.

Un tercero.

Luego cinco.

El ritmo se acelera, se cierra, se sincroniza, hasta convertirse en un solo latido, masivo, regular, implacable.

Un tambor. Una llamada. Una presencia que se impone.

Las voces se detienen de inmediato.

Los condenados levantan la cabeza.

Los vivos también.

Todos.

El ritmo se propaga, conecta, atraviesa, hasta envolver el mundo en una sola pulsación.

En la tierra.
En las raíces.
En las aguas que vibran.
En el aire que tiembla.

Atraviesa cada ser, cada aliento, cada memoria, uniendo lo que fue con lo que aún existe, imponiendo un calor extraño, casi familiar, en

el corazón mismo de la noche.

Y en ese instante… todos comprenden.

No con palabras.

No con pensamientos.

Con el cuerpo. Con el corazón. Con el alma.

Algo está naciendo de este caos.

CAPÍTULO 12

NARRADOR



El latido no desaparece.
Se ralentiza, se estira, luego se descompone en una multitud de vibraciones más finas, más cercanas, más íntimas, hasta convertirse en un tejido de susurros entrelazados que se deslizan por el aire, por la tierra, por los cuerpos aún en pie.

Ya no es una llamada.

Es una presencia.

Una conciencia que despierta.

Las voces se organizan.

Se armonizan, se escuchan, y poco a poco se desvanecen, dejando paso a una sola que emerge, clara, precisa, imposible de ignorar.

— El ser humano no nació malvado.

El campo de batalla se inmoviliza, no por miedo, sino por reconocimiento, como si cada piedra, cada aliento, cada vida suspendida acabara de oír una verdad demasiado antigua para ser cuestionada.

Incluso la Balanza detiene su movimiento.

Esa voz no golpea.

Se impone.

Sostiene.

Porta.

Jake se queda inmóvil.

Su respiración se quiebra en el pecho, sus colmillos dejan de temblar, y en medio del estruendo que ya no existe… comprende antes incluso de querer comprender.

— Tess…

El nombre queda atrapado entre dos latidos, frágil, casi sagrado.

La voz continúa, más profunda, arraigada en algo que supera el miedo, la culpa, el propio juicio.

— El mal no es un origen. Es una fractura. Una deriva. Una respuesta al dolor que el ser humano no supo sostener sin perderse.

Pero nunca… un principio.

El mundo escucha.

No con oídos.

Con lo que queda de alma.

Una segunda voz se eleva, más viva, atravesada por un calor indomable.

— Y aun así… se levantan.

No siempre.

No perfectamente.

Pero se levantan.

Las llamas aplastadas en la noche se alzan, se estiran, vuelven a respirar, se niegan a extinguirse pese a todo lo que las ha consumido.

Taj cierra los ojos.

Una fracción de segundo basta.

— Ashara…

Ya no es la voz de un rey.

Es la de un hombre que recupera lo que le fue arrebatado.

Una tercera voz se eleva, más lenta, más vasta, cargada de una dulzura que no borra el dolor, sino que lo contiene.

— Caen. Se rompen. A veces traicionan. Pero incluso en el corazón de su caída… siguen amando.

Y ese amor persiste.

Imperfecto.

Frágil.

Indestructible.

El agua vuelve a fluir, en las grietas, en el aire, en la sangre, como una memoria que se niega a morir.

Kael ya no se mueve.

Su espada tiembla.

— Naïa…

El nombre se convierte en refugio.

Y en herida.

Luego otra voz, más grave, más arraigada, sostiene la estabilidad de un mundo que se niega a desaparecer.

— Destruyen. Sí. Pero también construyen. Aún. Siempre. Incluso sobre sus propias ruinas, incluso en la vergüenza, incluso en la pérdida.

La tierra deja de ceder.

Se cierra.

Sostiene a quienes aún permanecen en pie.

Malekar alza lentamente la cabeza, los ojos atravesados por una luz que no controla.

— Amara…

Finalmente, la última voz.

Más ligera.

Pero infinitamente vasta.

— Y aun cuando olvidan… el mundo no olvida por ellos. Cada aliento dejado, cada huella, cada elección permanece inscrita. Nada se pierde mientras algo recuerde.

El viento regresa.

No como tormenta.

Como presencia.

Azhran cierra los ojos.

Un solo segundo.

— Aelya…

No lo dice para ser oído.

Lo dice para no romperse.

Las voces no se superponen.

Se alinean.

Se armonizan.

Como en una asamblea sin muros, sin trono, sin autoridad visible, pero donde cada palabra pesa más que la propia ley.

El juicio tiene lugar.

Sin ira.

Sin sentencia proclamada.

Solo en la verdad desnuda.

— La humanidad cae, dice Tess.

— Pero elige levantarse, responde Ashara.

— Lo pierde todo, añade Naïa.

— Pero aún protege lo que puede, continúa Amara.

— Y mientras tenga esperanza… no está condenada, concluye Aelya.

El silencio que sigue no está vacío.

Está habitado.

Lleno de lo que debió desaparecer.

Lleno de lo que aún se niega a morir.

La Balanza reacciona.

Su oscuridad vacila, casi imperceptible, luego se resquebraja desde dentro, como una noche demasiado llena que ya no logra contener lo que ha absorbido.

La luz no regresa de golpe.

Renace.

Lentamente. Sostenida. Alimentada.

Las sombras no desaparecen. Encuentran su lugar.

El fuego ya no destruye. Ilumina.

El agua ya no arrasa. Conecta.

La tierra ya no se derrumba. Sostiene.

El aire ya no huye. Circula.

Y en el centro de todo… la luz.
Renace más viva, más serena.

Los tres mundos dejan de chocar.

Su violencia se disuelve, sus contornos se redibujan, y poco a poco se alinean, se reconocen, se armonizan hasta formar un solo tejido vivo.

Un solo mundo.

Los bosques se elevan sobre aguas suspendidas, sus raíces hundiéndose en mares luminosos donde nadan criaturas hechas de memoria y luz.

Las montañas se abren en su interior, revelando cielos internos donde vientos cálidos y fríos se entrelazan, llevando fragmentos de estaciones desconocidas.

Los desiertos florecen bajo lluvias de chispas, dunas vivas que respiran, cambian, cantan al paso del viento.

Los océanos se elevan en arcos inmensos, atravesados por destellos de estrellas demasiado cercanas, como si el cielo hubiera decidido descender para tocar el mundo.

Los cielos mismos se despliegan de otra forma, vastos, profundos, poblados de constelaciones vivas que ya no solo guían… sino que responden.

Todo se entrelaza.

Todo responde.

Cada fragmento encuentra su lugar en un conjunto más vasto, más coherente, más vivo que todo lo que había existido antes.

Y por encima de este mundo nuevo…

la Balanza se desvanece.

Su luz se vuelve más suave.

Más fina.

Se diluye en el aire, en la materia, en cada cosa que ha atravesado, hasta dejar de ser visible, hasta desaparecer por completo, como si nunca hubiera estado allí.

Como si el juicio no hubiera sido más que un paso.

No un final.

Los supervivientes miran.

Algunos lloran.

Otros caen de rodillas.

Otros se incorporan lentamente, como si sus cuerpos aprendieran a existir en un mundo que ya no les exige justificarse.

Nadie comprende realmente.

Pero todos sienten.

Un calor.

Una apertura.

Una posibilidad.

Y por primera vez en mucho tiempo… la esperanza ya no lucha por sobrevivir.

Simplemente… existe.

Jake da un paso… y se detiene.

Algo en él vacila, no por duda, sino porque lo que busca ya no pertenece a este mundo tal como lo conocía, y su mirada atraviesa los paisajes recombinados, los cielos abiertos, las nuevas luces, como si intentara encontrar una huella precisa en medio del infinito.

— Tess…

El nombre se le escapa, frágil, casi irreal.

Más lejos, Taj alza lentamente la cabeza hacia el cielo, como si la respuesta aún pudiera estar escrita allí, mientras Kael cierra los ojos un instante de más, intentando retener ese momento antes de que vuelva a escapársele.

Malekar no se mueve.

Observa.

Incapaz de apartar la mirada.

Y Azhran permanece inmóvil, en silencio, porque comprende lo que los otros aún se niegan a aceptar.

Ellas no han regresado.

No del todo.

Han trascendido este mundo.

Se han convertido en otra cosa.

Más vastas que sus cuerpos.

Más grandes que sus nombres.

Esenciales.

Una presencia que sostiene ahora el equilibrio mismo del mundo, una fuerza invisible que impide que se fracture, que se cierre, que colapse sobre sí mismo.

Entonces las cinco voces se elevan una última vez.

Unidas.

Serenas.

Incontestables.

— A partir de ahora… somos lo que permanece cuando todo debería haber desaparecido.

La luz se expande.

Lo toca todo. Lo atraviesa todo.

Y en ese aliento… el mundo irradia.

Más vasto.

Más justo.

Más vivo.

Las voces se desvanecen.

Suavemente.

Sin ruptura.

Sin final brusco.

Y en este nuevo mundo… aparece una verdad.

Silenciosa. Absoluta.

No es el final. Es el comienzo de un nuevo mundo.

CAPÍTULO 13

NARRADOR



El mundo apenas ha aprendido a respirar… cuando el cielo se abre.
En luz.

Una primera estela atraviesa el horizonte, fina, viva, como una herida luminosa en la realidad. Luego otra. Luego cinco. Surgen en un solo movimiento, cruzan los cielos aún nuevos y descienden con una lentitud irreal, arrastrando tras de sí filamentos de oro que se aferran al cielo como raíces de luz.

El nuevo mundo alza la mirada.

En todas partes.

Ciudades aún inestables. Bosques recién nacidos. Mares suspendidos entre relieves imposibles.

Todo se detiene.

La respiración se contiene.

Los cuerpos se inmovilizan.

El corazón del mundo reconoce esas caídas antes de que las mentes puedan nombrarlas, y ese reconocimiento atraviesa a cada ser como una verdad demasiado vasta para ser contenida.

En el campo de batalla, cinco hombres apartan la mirada del cielo.

Lo que sienten no deja lugar a dudas.

Jake

Otra vez.

Esa presencia.

Me golpea en el pecho, brutal, precisa, y mi corazón se desengancha, cambia de ritmo de golpe, como si acabara de reconocer algo que yo aún no he visto.

Tess.

El nombre estalla en mi pecho antes incluso de formarse en mi mente.

Ya me estoy moviendo.

Siento mi piel tensarse, resquebrajarse, mis huesos deslizarse, retorcerse, recolocarse en un dolor que ya ni siquiera recibo —pasa, arde, desaparece, porque no tengo tiempo para eso.

El lobo lo toma todo.

No limpiamente.

No con calma.

Surge, brutal, hambriento, arranca lo que queda de humano sin esperar a que le deje espacio.

Un gruñido sube por mi garganta.

No es rabia.

Es un vacío que me desgarra desde dentro.

Y corro.

No pienso.

No elijo dirección.

Mi cuerpo lo sabe.

Lo sabe antes que yo.

El bosque estalla a mi paso, los troncos ceden, las ramas me desgarran sin que reduzca la velocidad, el suelo se desliza, se deforma, pero nada me detiene, nada importa, nada existe fuera de esa sensación que me arrastra hacia adelante.

Respiro. Demasiado fuerte. Demasiado rápido.

Cada olor me golpea, me distrae, intenta desviarme, pero los aplasto, los ignoro, busco el único que importa.

Ella.

Mis músculos gritan.

Mis pulmones arden.

Sigo.

Más lejos. Más rápido.

Porque esta vez… la siento.

Y no la perderé.

Kael

El mundo puede temblar, reconstruirse, arder de nuevo… ya no me arranca de mí mismo. Observo las estrellas caer, sus trayectorias, su lentitud irreal, y en ese movimiento busco un punto, un anclaje, una dirección precisa en medio del caos.

Observo.

Luego cierro los ojos.

Un instante basta.

Un latido claro, inconfundible, que golpea directamente en mi pecho, irregular, frágil, pero vivo.

Mis dedos se cierran sobre la empuñadura de mi espada.

—Naïa…

Su nombre abandona mis labios con calma, pero bajo esa calma todo se tensa, todo se contrae, como si cada segundo inmóvil fuera una pérdida que me niego a aceptar.

Mi caballo se inquieta. Él también lo ha sentido.

Monto de un solo gesto, sin vacilar esta vez, sin ocultar lo que asciende en mí, y en cuanto mis talones presionan sus flancos… parte.

De un solo impulso.

Brutal.

El mundo cede ante la velocidad.

Las distancias se derrumban.

Los relieves no son más que líneas que atravieso sin verlas.

Me inclino hacia adelante.

Más rápido.

Cada latido me acerca.

Cada segundo cuenta.

Ya no espero.

Voy hacia lo que me pertenece.

Y esta vez… no dejaré que nada se interponga entre ella y yo.

Taj

El cielo.
Todo ocurre allí.

Lo siento incluso antes de alzar la mirada, en el calor que asciende por mi columna, en el fuego que despierta en mí sin esperar mi permiso, reconoce este momento mejor que yo.

No es un pensamiento.

Es una llamada.

Y mi cuerpo responde.

El fuego se despliega.

Sin contención. Sin medida.

Se extiende por mis venas, quema mis músculos, invade cada parte de lo que soy, y dejo de luchar contra él, dejo de contenerlo, lo dejo ocupar todo el espacio que reclama.

Lo acepto.

Entonces me transforma.

Mis alas estallan en un resplandor incandescente, vastas, inmensas, desplegadas con una fuerza que hace temblar el aire, y mi cuerpo se estira, se redefine, se libera de todo límite humano para recuperar una forma más antigua, más verdadera, más soberana.

El dragón reclama su lugar.

Sin duda.

Sin transición.

Rugido.

Un grito profundo, vibrante, cargado de algo que supera la rabia e incluso la alegría.

Un juramento.

Y me lanzo.

El suelo desaparece bajo mí con un solo batir de alas, el viento se pliega, las nubes estallan a mi paso, y asciendo, cada vez más alto, hasta que el mundo mismo parece demasiado estrecho para contener mi impulso.

Y entonces… la veo. Esa estrella que me llama.

Cae.

Arde.

Vive.

Y mi corazón se acelera.

Ashara.

Su nombre resuena en mí como una evidencia absoluta.

Volo hacia ella.

Y esta vez… nada me impedirá alcanzarla.

Malekar

El mundo se abre. Lo siento en todas partes.

En el aire.
En el polvo.
En cada vibración que atraviesa mi ser.

La magia me llama.

Yo respondo.

Mi cuerpo se deshace sin resistencia, se dispersa en el viento, se desliza por el suelo, se eleva, se infiltra, y de pronto estoy en todas partes a la vez, extendido como una tormenta de arena, incapaz de ignorar aquello que me atrae.

Un milagro. Un atisbo de esperanza que aún no me atrevo a creer.

La encuentro.

Amara.

Su huella arde en el flujo mismo de la magia, clara, viva, imposible de confundir, y todo lo demás desaparece al instante.

Ya no hay mundo.

Ya no hay caos.

Solo ella.

Cada fragmento de mí converge.

Me reúno. Avanzo. La alcanzo.

Entre deseo y temor… ¿puedo realmente creerlo?
Debo saberlo.

Azhran

Los demás parten.

Yo permanezco.

Mi mirada sigue una estela de luz que atraviesa el cielo, lenta, precisa, casi serena en medio de este mundo aún inestable, y no necesito interpretar ni esperar.

Lo sé.

Lo que he sacrificado.

Lo que he dejado atrás.

Y sobre todo… en lo que me he convertido.

—Aelya…

Su nombre se impone, claro, intacto.

Pero en lo profundo de mi pecho surge una duda, inesperada, cortante.

¿Aún tengo derecho a sentir esto?

Después de todo lo que he cargado… después de lo que he aceptado ser… ¿qué podría ofrecerle, salvo este resto de mí lleno de culpas y de voces que jamás me abandonarán?

Una parte de mí retrocede.

Lúcida.

Fría.

Sabe que esta esperanza no es justa.

Que quizá ya no me pertenece.

Cierro los ojos.

Un instante.

No para comprender.

Para contener esa duda… antes de que me paralice.

Porque, pese a todo, mi corazón ya ha elegido.

Así que cedo.

No a la esperanza.

A ella.

El espacio a mi alrededor se pliega, dócil, silencioso, y mi presencia desaparece de un punto para surgir en otro, sin transición, sin rastro, como un pensamiento imposible de detener.

No huyo.

Avanzo… hasta que la verdad se me imponga.

NARRADOR

El cielo sigue cayendo.

Las estelas luminosas descienden, más bajas, más nítidas, trazando su camino con una precisión que no deja lugar al azar.

No caen.

Responden.

Cinco direcciones.

Cinco puntos de impacto.

Cinco llamadas que atraviesan el mundo entero.

Todo se detiene.

Un aliento suspendido.

Una espera que aprieta los pechos.

Y ellos… ya no dudan.

Corren.

Se elevan.

Atraviesan este mundo aún inestable sin detenerse, impulsados por una certeza que supera el miedo, la razón, todo lo que han perdido.

Porque en el fondo… lo han comprendido.

Este momento no se parece a nada de lo que han vivido.

No es el final.

No es una ilusión.

Es una fractura en el propio destino.

Y esta vez… no persiguen una esperanza.

Van a su encuentro.

El mundo contiene la respiración.

Porque allí donde esas estrellas tocarán la tierra… lo que creían perdido volverá a tomar forma.

CAPÍTULO 14

Tess



Lo siento antes de verlo.

Un impacto que atraviesa mi cuerpo, limpio, inmediato, reconocido en lo más profundo de mí.

El mundo se disuelve a mi alrededor. El bosque sigue existiendo, las raíces doradas vibran bajo mis pies, pero todo se vuelve lejano a

medida que su presencia se impone, cada vez más cerca, cada vez más intensa, hasta llenar todo el espacio.

Aparece.

Y el impacto casi me corta la respiración.

Sus manos me encuentran de inmediato, firmes, ardientes, se cierran sobre mí con una urgencia que no intenta contenerse, como si necesitara sentir que estoy aquí, entera, viva, bajo sus dedos.

Apenas levanto la cabeza.

Su mirada me atrapa.

Y no me suelta.

Siento su aliento contra mi piel, rápido, irregular, cargado de todo lo que no pudo decir, de todo lo que atravesó sin mí.

—Jake…

El nombre se desliza entre mis labios.

Frágil.

Real.

Su mano sube lentamente por mi brazo, se detiene un instante contra mi mejilla, como si por fin se permitiera tocarme de verdad… luego se desliza hasta mi nuca, se ancla, me atrae.

Y esta vez no se contiene.

Sus labios encuentran los míos en un movimiento brutal, instintivo, un beso profundo que me corta el aliento, que me arranca de todo lo demás, que me aprieta contra él con una intensidad casi dolorosa.

Me aferro a él.

Respondo.

Su corazón golpea contra el mío, violento, desordenado, vivo, y en la forma en que me sostiene siento que no es solo un beso.

Es un regreso.

Una prueba.

Sus dedos se crispan ligeramente en mi espalda, como si aún temiera que desaparezca entre sus manos.

Se separa apenas.

Solo lo suficiente para respirar.

Su frente permanece contra la mía.

—Dime que estás aquí…

Su voz es baja.

Rota.

Lo miro.

Sonrío apenas.

—Estoy aquí.

Y lo beso de nuevo.

Naïa



Lo veo llegar. Su caballo atraviesa el paisaje aún inestable, rápido, poderoso, pero a medida que se acerca… reduce la velocidad.

Voluntariamente.

Como si se negara a que este instante se le escape.

Su mirada no abandona la mía.

Lo veo.

Todo lo que retenía se derrumba de golpe en sus ojos, la tensión, la distancia, el control que suele imponerse… todo desaparece, dejándome a mí en el centro.

Sonrío.

No puedo evitarlo.

Salta al suelo antes de que su montura se detenga por completo, sus botas golpean la tierra con un aliento corto, y se queda ahí, frente a mí, suspendido entre lo que siente y lo que aún se atreve a hacer.

—Te has tomado tu tiempo…

Mi voz es suave, pero vibra de vida.

Sus labios se curvan ligeramente.

Una sonrisa que no controla.

—He atravesado un mundo entero por ti.

Avanza.

Un paso.

Luego otro.

Su mirada recorre mi rostro como si tuviera que reaprenderme, como si comprobara cada detalle, cada aliento, cada latido.

Su mano se alza.

Más segura esta vez.

Se desliza contra mi mejilla, cálida, firme, y cierro los ojos un instante bajo ese contacto, solo para sentirlo… de verdad.

—Es… real.

Abro los ojos.

—Compruébalo tú mismo.

Su mirada cambia. Más cálida. Más decidida.

Se acerca de inmediato, sus labios rozan mi frente.

Suavemente.

Como una promesa.

Me acerco más, me deslizo contra él, mis brazos lo rodean sin dudar, y esta vez me aprieta, plenamente, sin contenerse.

Levanto ligeramente el rostro.

Nuestras miradas se encuentran.

Todo está ahí.

Sus labios encuentran los míos.

Un beso tierno.

Cálido.

Vivo.

Como si, por fin… el mundo pudiera respirar con nosotros.

Ashara



Aterriza en un estallido de aire ardiente.

Sus alas se repliegan en una última vibración, el fuego resbala por su piel antes de apagarse lentamente, y en pocos segundos recupera forma humana, aún cargado de calor, de poder, de esa presencia que me hace sonreír antes siquiera de que termine de incorporarse.

No pienso.

Corro.

El mundo desaparece tras de mí, solo queda él, su silueta aún humeante, su mirada que se alza justo a tiempo.

Salto sobre él.

Mis piernas se enroscan en su cuerpo, mis brazos rodean su cuello, y él me atrapa con una precisión perfecta, sus manos ya firmes en mis caderas, ardientes, como si nunca hubiera olvidado cómo sostenerme.

Como si solo hubiera estado esperando esto.

—Llegas tarde —susurro contra sus labios, con una sonrisa ya dibujada en los míos.

—Y tú sigues ardiendo igual…

El calor aumenta.

No espero más.

Mis labios encuentran los suyos, primero rozándolos, provocándolo… luego me anclo de verdad en el beso.

Fuerte.

Vivo.

Sin límites.

El fuego pasa entre nosotros al instante, una oleada que asciende, que late, que estalla en mi pecho como si nada se hubiera detenido nunca.

Él responde.

Con la misma intensidad.

Su mano sube por mi espalda, me atrae aún más contra él, y dejo escapar un suspiro contra su boca.

—Casi me pierdes.

Me aparto apenas.

Solo lo suficiente para mirarlo.

Sus ojos brillan.

De verdad.

Su mano se cierra en mi cadera, firme, posesiva.

—Intenta desaparecer otra vez y verás.

Suelto una risa baja, desafiante.

—Al menos prométeme llegar más rápido la próxima vez.

No responde.

Sus ojos se oscurecen ligeramente.

Y de pronto me atrae de nuevo.

Y esta vez es él quien me besa.

Más lento.

Más profundo.

Como si reclamara el control.

Como un fuego que se niega a extinguirse.

Amara



La arena no cae realmente. Se reúne. Atraída.

A mi alrededor, la tierra respira de forma distinta, más lenta, más profunda; cada grano se desliza, se ajusta, se tensa hacia un punto preciso… hasta que toma forma.

Aparece.

No en un movimiento. En una evidencia.

Malekar.

El viento se curva a su alrededor, el polvo se apacigua, y por un instante, todo lo que nos rodea deja de existir con la misma importancia.

Lo miro.

Él me mira.

Y esta vez… no hay distancia.

No hacen falta palabras.

No hay nada que llenar.

Doy un paso hacia él.

El suelo no cede.
Me sostiene.
Me recibe como si siempre hubiera sabido que volvería.

Cada raíz, cada fragmento de tierra responde a mi presencia igual que a la suya, como si habláramos el mismo lenguaje.

Él también avanza.

Como si siguiera una trayectoria ya trazada.

Mi mano se alza antes incluso de que decida hacerlo.

La suya viene a su encuentro.

Cuando nuestros dedos se rozan… el mundo cambia.

No a nuestro alrededor.

A través de nosotros.

La magia no circula. Se armoniza.

Fluye de él hacia mí, de mí hacia él, sin ruptura, sin fricción, una continuidad perfecta, como si nunca hubiéramos estado separados.

Lo siento todo.

Lo que ha cargado.

Lo que ha contenido.

Lo que no ha dicho.

Y él… me lee de la misma forma.

Sin filtros.

Sin defensas.

Me acerco aún más.

No se resiste.

Me atrae.

Lentamente.

Nuestros cuerpos se alinean, cercanos, sin urgencia, pero con una intensidad que ancla cada segundo más profundamente.

Mi frente se apoya contra la suya.

Cierro los ojos.

El silencio nos envuelve. Vibra. Habla. Nos contiene.

Y en este espacio suspendido… nos encontramos por completo.

Sin necesidad de pronunciar una sola palabra.

Aelya



El espacio se pliega a mi alrededor. En silencio.

A unos pasos.

Azhran.

Demasiado lejos. No se mueve.

Su cuerpo está recto, contenido, como siempre… pero nada en él es estable. Lo veo al instante. En la tensión de sus hombros. En la forma en que se mantiene ligeramente atrás, como si ya no estuviera seguro de tener derecho a estar aquí.

Como si esperara… que lo rechazara.

Mi corazón se contrae.

No con violencia.

Profundamente.

Doy un paso hacia él.

Luego otro.

Sin prisa. Sin miedo.

— Estás aquí…

Mi voz apenas tiembla, pero carga con todo lo que no pude decir, con todo lo que creí perdido.

No responde.

Su mirada se desvía.

No lejos.

Lo justo para no enfrentarse a la mía. Como si mirarme… se hubiera vuelto demasiado difícil.

Me detengo frente a él.

A su alcance.

Alzo las manos.

Despacio.

Y tomo su rostro entre mis palmas.

Se queda inmóvil.

No lo obligo.

Lo invito.

Mis dedos se posan con cuidado, como si pudiera romperse, como si la más mínima presión pudiera hacerlo desaparecer.

Luego espero.

Un instante.

Y por fin… me mira.

Y todo está ahí.

El cansancio.

Las voces.

El peso.

La culpa que lleva como una segunda piel.

Lo veo. De verdad.

Y me rompe.

Mi pulgar se desliza lentamente bajo su ojo.

— No tienes que esconderte de mí…

Mi voz es más baja.

Más suave.

— Esta maldición que llevas… la veo.

Un aliento tiembla en él.

Apenas.

— Y no me voy a ir.

Me acerco un poco más.

Mi frente roza casi la suya.

— No tienes que cargar con esto solo.

Esta vez, algo cede.

No de forma brusca. Poco a poco.

Sus hombros descienden ligeramente, como si una fuerza que había sostenido demasiado tiempo por fin se soltara.

Sus manos se alzan.

Dudosas.

Luego se apoyan en mi espalda.

Y lo siento.

De verdad.

Se inclina.

Su cabeza se posa contra mi hombro.

Despacio.

Como si por fin se permitiera caer.

Sus dedos se aferran levemente a mi espalda.

No para retenerme.

Para anclarse.

Lo sostengo.

Sin moverme.

Sin hablar.

Dejo que mi brazo suba por su espalda, que mi mano se pose en su nuca, y lo acerco un poco más, lo justo para que sienta que puede quedarse ahí.

Que puede respirar.

Que puede existir sin luchar.

Su respiración cambia.

Menos controlada.

Más real.

Y en ese silencio… ya no se mantiene en pie por fuerza.

Se mantiene porque estoy aquí.

Y esta vez… ya no lucha.
Se abandona.
Y se queda.

CAPÍTULO 15

NARRADOR



El mundo respira.
No como antes.

Más profundamente. Más justamente.

Las cicatrices no desaparecen; se convierten en líneas de fuerza, en huellas visibles de un pasado que nadie olvida, pero que ya no aplasta el futuro. Allí donde la guerra había quebrado, la vida renace, distinta, más vasta, más consciente de lo que lleva en sí.

Los pueblos aprenden a reconocerse.

Las tierras dejan de oponerse.

Las fronteras ya no son barreras, sino caminos.

Y en el corazón de este mundo transformado… sus nombres circulan.

Llevados por los vientos.

Susurrados en las ciudades.

Grabados en la memoria.

Tess.

Ashara.

Naïa.

Amara.

Aelya.

Ya no son solo aquellas que lucharon.

Se han convertido en aquellas que resistieron.

Aquellas que sostuvieron el mundo cuando todo se derrumbaba.

Aquellas que hablaron cuando ya nadie creía.

Y ahora… reinan.

No como soberanas impuestas.

Como evidencias.

En las montañas del Este, bajo los bosques profundos donde las sombras aún respiran, Tess camina entre los suyos, y los lobos no inclinan la cabeza por miedo, sino por respeto, reconociendo en ella una fuerza que nunca dejó de velar.

Al Sur, donde el cielo arde y los vientos aún llevan el eco de los antiguos fuegos, Ashara se eleva sobre los suyos, y los dragones responden a su presencia como a una verdad que siempre habían esperado.

Al Oeste, en las extensiones infinitas del desierto, Amara ya no conquista — encarna. La tierra misma parece acompasarse a sus pasos, y cada grano de arena lleva la huella de su reino.

Al Norte, en el frío implacable donde solo sobreviven los más fuertes, Naïa aporta un calor que nada puede apagar, y hasta las tierras más duras aprenden a ceder ante su suavidad sin romperla jamás.

Y Aelya…

Aelya no echa raíces en ningún lugar.

Atraviesa.

Libre.

Guiada por los vientos que ha aprendido a escuchar.

A su lado, Azhran avanza, en silencio, pero en pie, y en este mundo donde todo comienza de nuevo, descubren juntos aquello que aún no ha sido visto, paisajes que ni siquiera la magia se había atrevido a imaginar.

Las cinco parejas se convierten en leyendas vivas.

No ancladas en el pasado.

Vivas.

Cambiante.

Presentes.

Sus historias no terminan.

Se expanden.

Inspiran.

Guían.

Y en cada reino, en cada aliento, en cada mirada alzada hacia ese cielo ahora en calma, una misma verdad se impone, clara, indiscutible, irreversible.

El mundo ha cambiado.
El mundo ha sobrevivido.
El mundo ha aprendido.

Ha sido juzgado.
Y por primera vez desde el alba de su existencia… ha sido considerado digno.

¡TU OPINIÓN CUENTA!

Si te ha gustado este libro, no dudes en dejar **una pequeña reseña o una valoración en Amazon**.
Solo te llevará un minuto, pero para mí es una ayuda enorme para seguir escribiendo y mejorar en los próximos tomos.

Gracias de todo corazón por tu apoyo.
Mira Thane



NOTA DE LA AUTORA

Queridos lectores, queridas lectoras:

Esto no es un final.
Es un nuevo aliento.

Habéis atravesado las sombras, llevado los silencios, sentido las fracturas… y visto nacer, en el corazón del caos, un mundo nuevo.
Un mundo marcado, transformado, pero en pie.

Algunas batallas dejan cicatrices.
Algunas historias se convierten en leyendas.

Y estas… nunca se apagan del todo.

Gracias por haber caminado junto a estas cinco mujeres.
Gracias por haber creído en ellas.

Pero esto no es un adiós.

Stay tuned…
Mi nueva serie llega en mayo.

Con toda mi magia,
Mira Thane